

# Hombres, Masculinidades, Explotación Sexual y Violencia Sexual

Una Revisión Literaria y Llamada a la Acción

Novembre 2008

Christine Ricardo y Gary Barker



## Por qué este documento?

---

Este documento explora los posibles vínculos entre las masculinidades y las diferentes formas de explotación sexual y la violencia sexual. Específicamente, intenta contestar la pregunta: **Cómo contribuyen las normas y opiniones prevalecientes de la hombría, o la masculinidad, al uso de la violencia sexual de algunos hombres y al “aspecto de demanda” de la explotación sexual?** Revisamos de manera crítica la literatura existente sobre el tema, con especial atención a las recomendaciones para la acción. ***De lo que sabemos acerca de cómo contribuyen las normas de género prevalecientes al uso de algunos hombres de la violencia sexual y las prácticas de explotación, qué podemos proponer para reducir la explotación sexual mediante el trabajo con hombres y jóvenes para cuestionar las normas de género sobresalientes que conducen a la demanda?*** En términos de programas para llegarles a los hombres y jóvenes con este tema hay algunos ejemplos – algunos que tratan específicamente la explotación sexual, otros que tratan cuestiones de masculinidades y equidad de género de manera más amplia. Sin embargo, la mayoría de estos proyectos han sido en pequeña escala y con poca evaluación de impacto hasta la fecha. Hay también ejemplos de políticas que han incorporado un entendimiento del aspecto de la demanda de la explotación sexual y la necesidad de ir más allá de un modelo punitivo hacia uno más amplio que incluya tanto sanciones como aproximaciones preventivas, tales como atraer a los hombres y jóvenes con mensajes que cuestionen la explotación sexual y la “cosificación” de las mujeres y las chicas (y los chicos y los hombres).. En general, afirmamos la necesidad de aumentar la atención y la acción para involucrar a los hombres y los jóvenes para que cuestionen y superen las normas de género que contribuyen a la violencia sexual y la explotación.

## Quienes somos

---

**MenEngage** es una alianza global que intenta atraer a los jóvenes y los hombres para lograr la equidad de género. La Alianza se formó en 2004 con el objetivo de trabajar en sociedad para promover la participación de los hombres y jóvenes en los esfuerzos para lograr la equidad de género, promoviendo la salud y reduciendo la violencia a nivel global, incluyendo el cuestionar las barreras estructurales de las inequidades de género. Los socios de MenEngage trabajan colectiva e individualmente para lograr las Metas de Desarrollo para el Milenio, particularmente aquellos componentes que se enfocan en lograr la equidad de género. El trabajo de la Alianza se informa y trata de lograr las metas trazadas en la Convención sobre la Eliminación de Toda Forma de Discriminación Contra la Mujer y la Convención Sobre los Derechos del Niño. Las actividades de la alianza incluyen compartir información, actividades de capacitación conjuntas y gestión a nivel nacional e internacional. Los Miembros del Comité Directivo y los miembros internacionales incluyen a Promundo (co-presidente), EngenderHealth (co-presidente), la International Planned Parenthood Federation, Family Violence Prevention Fund, International Center for Research on Women, OMS, UNFPA, UNIFEM, PNUD, Sonke Gender Justice Project, Save the Children-Sweden, Salud y Género, Men for Gender Equality (Suecia), Men's Resources Internacional, Sahoyog, y la White Ribbon Campaign. Para mayor información, ver [www.menengage.org](http://www.menengage.org).

**Promundo** es una ONG brasileña con alcance internacional cuyo objetivo es promover la equidad de género, obtener derechos sexuales y reproductivos y reducir la violencia contra las mujeres, los niños y jóvenes. Promundo trabaja para: (1) investigar ideas innovadoras que tengan el potencial de lograr un cambio social positivo; (2) aplicar estas ideas en iniciativas piloto en sociedad con grupos comunitarios; y (3) difundir

los resultados de las investigaciones aplicadas a organizaciones, gobiernos e instituciones multilaterales que están bien colocadas para continuar, extender y replicar estas iniciativas a largo plazo. Para mayor información, ver [www.promundo.org.br](http://www.promundo.org.br).

## **Agradecimientos**

---

Los autores quisieran agradecer la colaboración de numerosas personas en la preparación de este documento. En Promundo, Gabriela Aguiar, Marcos Nascimento, Marianna Olinger, Rogerio Brunelli y los becarios Beth Mitchell, Carolyn Vance, Karim Kesh, Omar Robles, y Renee Newman proporcionaron ayuda con las búsquedas literarias y revisiones y aportaciones a los borradores. Quisiéramos también agradecer a Anastasia Anthopoulos en la Oak Foundation, Andrew Levack en Engender Health, Camilla Ida Ravnboel en UNICEF, Faye Balanon en Psychosocial Support y Children's Rights Center Jim Hafner en Stop It Now!, Lena Karlsson en UNICEF, Maria Jose-Alcala en UNIFEM, Meg Greene at ICRW, Ravi Karkara en UNICEF, Todd Minerson en White Ribbon Campaign, y a los colegas de ECPAT International por sus valiosos comentarios sobre los borradores.

Este documento fue producido con el apoyo de la Oak Foundation y la Swedish International Development Cooperation Agency (SIDA).

# I. INTRODUCCIÓN

---

## Qué tiene que ver el género?

La explotación sexual y la violencia sexual son ampliamente reconocidas como problemas de género. En sus diferentes formas y contextos, la explotación sexual y la violencia sexual de manera desproporcionada involucran a los hombres como los perpetradores, y a las niñas y mujeres como las víctimas y son derivadas de normas sociales relacionadas con el género y la sexualidad y las dinámicas desiguales de poder entre hombres y mujeres que estas normas crean y refuerzan. ***Históricamente, sin embargo, las investigaciones, los programas y las políticas relacionados con la explotación sexual y la violencia sexual se han enfocado principalmente en proteger y ayudar a las niñas y las mujeres<sup>1</sup>. Se ha prestado relativamente poca atención a la importancia o las posibilidades de dirigirse a los hombres (y mujeres) para prevenir dichas conductas,*** y aún menos a contextos en los que los hombres y muchachos son, ellos mismos, víctimas de explotación sexual y violencia sexual.

Los últimos 20 años han visto un consenso creciente sobre la necesidad de involucrar a los hombres en lograr la equidad de género y, dentro de este consenso, un aumento en la investigación y discusión sobre el tema específico del hombre, masculinidades, explotación sexual y violencia sexual. ***Actualmente se reconoce más ampliamente que el trabajo sexual, formas explotadoras de pornografía y otras formas de explotación sexual son a menudo más sobre masculinidades y "la sexualidad del hombre, no de la mujer" ya que son provocadas o motivadas por la sexualidad del hombre y su comportamiento sexual (Mansson nd).*** Alrededor de mundo, los chicos y los hombres son a menudo educados para creer que para ser "verdaderos" hombres necesitan ser fuertes estar en control, particularmente en sus relaciones íntimas y sexuales. La experiencia sexual, frecuentemente asociada con la iniciación a la hombría, puede ser vista por los hombres y los jóvenes como una demostración de habilidad sexual o logro, más que como actos de intimidad (Marsiglio 1988; Nzioka, 2001). En efecto, muchos hombres construyen sus identidades y entienden y afirman su masculinidad a través de su sexualidad y sus experiencias sexuales.

***En muchos sitios, los hombres siguen siendo alabados por sus proezas sexuales y a menudo se cree que su deseo sexual es impulsivo e incontrolable. Al mismo tiempo, con frecuencia se espera que las mujeres sean recatadas y reprimidas en sus experiencias sexuales y su deseo.*** En diferentes sitios, la sexualidad y la actividad sexual de las mujeres y las jóvenes pueden estar reprimidas y controladas "a través de costumbres como la de otorgarle un premio a la virginidad de las chicas, basando el honor de la familia en el control sexual de las hijas y esposas, ejerciendo un severo castigo sobre las mujeres por adulterio, evitando el acceso equitativo al divorcio, y segregando a las chicas y mujeres de los chicos y los hombres" (Hughes 2000). Además de estas costumbres y normas que le niegan a la mujer ciudadanía completa, así como acción sexual, existe la práctica casi global de usar el

<sup>1</sup> Es importante reconocer, sin embargo, que también ha habido muchas prácticas y políticas que han criminalizado a aquellos individuos que sufren de explotación sexual, incluyendo por ejemplo, a mujeres que han sido víctimas del comercio sexual.

cuerpo de la mujer para vender productos de consumo y servicios. Esta cosificación, u objetización, del cuerpo de la mujer refuerza las percepciones de que el cuerpo de las jóvenes y las mujeres es algo para ser "admirado y consumido" por los hombres. Algunos investigadores reportan también una creciente "erotización de las niñas" por la industria de la moda, en la que se presentan modelos más y más jóvenes (de 12-13 años, por ejemplo) como si fueran mujeres adultas. Mientras que las investigaciones son limitadas, claramente esta cosificación de un modelo simultáneamente virginal y sexual de la feminidad joven puede en cambio reforzar ciertos estándares de lo que los hombres (y las mujeres) encuentran atractivo en el cuerpo de la mujer. Es importante reconocer que existe también una creciente cosificación y sexualización del cuerpo de los hombres y niños, aunque probablemente no tan imperante como en el caso de las mujeres y niñas.

Las normas y percepciones contrastantes de los derechos y la sexualidad del hombre y la mujer crean dinámicas de poder desigual en las relaciones íntimas heterosexuales y también enmarcan los contextos de la explotación sexual y la violencia sexual. Como se menciona en este documento, existe un conjunto de investigaciones que indica que la adherencia a actitudes y conductas hipermasculinas inequitativas está ligada a la perpetración de actos de explotación sexual y violencia sexual. Sin embargo, como se mencionará más adelante, este vínculo no es ni sencillo ni directo. Además, la mayor parte de las investigaciones disponibles se han realizado en los Estados Unidos y en otros contextos globales del norte con muestras limitadas y no representativas de hombres. En efecto, ***hay relativamente poca comprensión de cómo se entienden y/o se perpetúan la explotación sexual y la violencia sexual en diferentes contextos culturales y sus intersecciones con otras normas sociales y dinámicas de poder, incluyendo aquellas relacionadas con la edad, raza, clase y cultura, que a su vez están relacionadas con masculinidades.***

Al subrayar la influencia de las normas sociales sobre el uso de los hombres de la explotación sexual y la violencia sexual, no es nuestra intención disociar a los hombres de su responsabilidad individual, sino más bien contextualizar sus actitudes y comportamientos de manera que estos comportamientos puedan ser mejor entendidos y tratados. Las normas culturales y los roles de género y privilegios resultantes que éstas perpetúan juegan un papel importante en determinar cómo se perciben y valoran las personas, conductas e ideas. Sin embargo, los individuos no responden a estas normas y roles de la misma manera; en diferentes grados, los individuos tienen la opción de si se adhieren a las normas o no. ***Es importante recordar, por ejemplo, que la mayoría de los hombres se oponen a la explotación sexual y la violencia sexual y que muchos hombres que tienen actitudes sexistas o viven en sociedades sexistas no necesariamente ejercen la violencia con las mujeres; más bien, algunos hombres son más propensos que otros a expresar los valores sexistas de su cultura y a ejercer violencia contra las mujeres*** (Forbes 2004). ***Lo que es más, el hecho de que la mayoría de los hombres no ejerza violencia contra las mujeres necesita ser enfatizado y explorado;*** comprender los factores individuales y socioculturales que inhiben a la mayoría de los hombres (incluyendo a aquéllos con actitudes sexistas) para actuar de manera agresiva o violenta hacia las mujeres y niñas es una cuestión apremiante para investigaciones futuras y desarrollo de programas relacionados con hombres, masculinidades y explotación sexual y violencia sexual.

El tema de entender las motivaciones de los hombres y jóvenes para usar la violencia sexual es también complicado por el hecho de que el tema a menudo está dividido en dos sectores – aquéllos que están trabajando para terminar con la violencia sexual y

explotación contra los niños (usando la definición de la ONU de ser menor de 18 años) y aquéllos trabajando para terminar con la violencia contra las mujeres (de 18 años o más), quienes a veces también incluyen “mujeres y niñas” (generalmente excluyendo la violencia sexual y explotación contra los niños y hombres). En este documento generalmente hemos evitado esta distinción. Hemos tratado de examinar diferentes factores asociados con el uso del hombre de la violencia sexual contra personas menores de 18 años versus mayores de 18. Desde el punto de vista de una alianza de organizaciones que están trabajando para promover la equidad de género y terminar con la violencia contra las mujeres, los niños y entre hombres, hemos tratado de examinar literatura sobre toda forma de violencia y explotación ejercida por hombres, diferenciando por la edad de la víctima cuando encontramos esta distinción en la literatura.

Mientras que el punto focal de este documento es cómo las normas prevalecientes acerca de la masculinidad están entre los factores centrales subyacentes en la explotación sexual y la violencia sexual, queremos reconocer que otros factores, incluyendo inequidades de género más amplias, políticas nacionales e internacionales, la economía, globalización, pobreza, el crimen organizado, la guerra y el conflicto, los medios, y los estereotipos raciales y étnicos, también contribuyen a los riesgos de la explotación sexual y la violencia sexual (Joe-Canon 2006). **Además, hay algunas situaciones y formas de explotación sexual y violencia que tienen raíces más patológicas y van más allá de la esfera de las influencias sociales y discusiones de las masculinidades mientras interactúan también con estas influencias sociales.** La pedofilia, en particular, es definida como un trastorno clínico en el que adultos se sienten principalmente atraídos sexualmente por niños pre-púberes. Esta terminología es a menudo mal utilizada, sin embargo, al incluir a hombres que son abusadores situacionales, o sea, hombres que explotan sexualmente a un niño porque el niño les está fácilmente disponible, más comúnmente a través de la explotación sexual comercial o dentro de la familia (ECPAT nd.). Como se describe en el sitio web de ECPAT<sup>2</sup>, “el abusador situacional generalmente no tiene una preferencia sexual específica por los niños. Los abusadores situacionales se consideran generalmente como oportunistas que no hacen distinciones, aunque puede sin embargo ser el caso que prefieran como pareja sexual a alguien que cumple con los ideales sociales de belleza y sexualidad, tales como verse joven y/o físicamente inmaduro. Las percepciones públicas de aquéllos llamados pedófilos como un grupo marginal de personas que solicitan sexo con niños pueden, de hecho, desviar la atención de la creciente sexualización de los niños, especialmente las niñas, en diversas culturas (y en los medios), así como el predominio del abuso sexual y la explotación entre la población en general” (ECPAT nd).

En las siguientes secciones, exploramos las investigaciones y entendimientos conceptuales de los posibles vínculos entre las masculinidades y las diferentes formas de explotación sexual y la violencia sexual. A esta discusión le sigue una reflexión acerca de programas y políticas prometedoras – algunos de los cuales han tratado específicamente la explotación sexual y la violencia sexual, otros que han tratado las cuestiones de las masculinidades y la equidad de género de manera más amplia. Sin embargo, la mayoría de estos esfuerzos han sido en pequeña escala. Concluimos este documento con recomendaciones específicas para una mayor atención y acción en investigaciones, políticas y programas para involucrar a los hombres en cuestionar y superar las normas de género que contribuyen a la explotación y la violencia sexual.

2 ECPAT significa “End Child Prostitution Chile Pornography and Trafficking of Children for Sexual Purposes”

## **CUADRO 1 – Qué es la Explotación Sexual y la Violencia Sexual?**

**La explotación sexual** pueden definirse como “cualquier abuso o intento de abuso de una posición de vulnerabilidad, poder diferencial, o confianza, con fines sexuales, incluyendo, pero no limitado a, una ganancia monetaria, social o política del uso sexual de otro (Secretariado de la ONU 2003), incluyendo la participación de una persona en trabajo sexual, esclavitud sexual, matrimonio forzoso, o la producción de materiales pornográficos. Aún en ausencia de cualquiera de estos factores, donde la persona que participe en el trabajo sexual comercial, esclavitud sexual o la producción de materiales pornográficos tenga menos de 18 años, se considerará que existe la explotación sexual” (Prostitutes’ Education Network nd). Por otra parte, la violencia sexual o el abuso, pueden ser definidos como “la amenaza o el uso de la imposición física de naturaleza sexual, ya sea por la fuerza o bajo condiciones igualitarias o coercitivas” (Secretaría de las NNUU 2003).

La explotación sexual y la violencia sexual contra las mujeres y los niños se han tratado en varios documentos internacionales, incluyendo la Convención sobre la Eliminación de Toda Forma de Discriminación Contra la Mujer (CEDAW), la Convención Sobre los Derechos del Niño (CRC) y el Protocolo Opcional de la Convención Sobre los Derechos del Niño sobre la venta de niños, la prostitución infantil y la pornografía infantil.

### **CEDAW – Artículo 6**

Los partidos estatales tomarán todas las medidas adecuadas, incluyendo la legislativa, para reprimir toda forma de tráfico de mujeres y explotación de la prostitución de mujeres.

### **CRC – Artículo 19**

Los partidos estatales tomarán todas las medidas adecuadas, incluyendo medidas legislativas, administrativas, sociales y educativas para proteger a los niños de toda forma de violencia física o mental, daño o abuso, descuido o trato descuidado, maltrato o explotación incluyendo abuso sexual mientras estén a cargo de los padres, de un tutor legal o cualquier otra persona que esté a cargo del niño.

### **Artículo 34**

Los partidos estatales se comprometen a proteger al niño de toda forma de explotación sexual y abuso sexual. Para estos propósitos, los partidos estatales tomarán todas las medidas nacionales, bilaterales y multilaterales para prevenir:

- a.** la inducción o coerción de un niño para participar en cualquier actividad sexual ilegal;
- b.** la explotación de los niños en la prostitución u otras prácticas sexuales ilegales;
- c.** la explotación de los niños para actividades y materiales pornográficos.

### **Protocolo Opcional de la Convención Sobre los Derechos del Niño sobre la venta de niños, prostitución infantil y pornografía infantil**

...la eliminación de la venta de niños, la prostitución infantil y la pornografía infantil será facilitada adoptando un enfoque integral, tocando los factores

contribuyentes, incluyendo el subdesarrollo, la pobreza, las desigualdades económicas, una estructura socioeconómica inequitativa, familias disfuncionales, falta de educación, emigración urbana-rural, discriminación de género, comportamiento sexual irresponsable de los adultos, prácticas tradicionales dañinas, conflictos armados y tráfico de niños. . .

...también. . . se necesitan esfuerzos para aumentar el conocimiento del público para reducir la demanda de la venta de niños, la prostitución infantil y pornografía infantil. . .

Otros documentos internacionales que han tratado la explotación sexual de niñas y mujeres incluyen: La Resolución de la Onceava Asamblea General de la OMC (Cairo) acerca de la prevención del turismo sexual organizado del 22 de octubre de 1995; la Declaración de Estocolmo del 28 de agosto de 1996 contra la Explotación Sexual Comercial de los Niños; y el Código de Ética para el Turismo. El Protocolo para Prevenir, Reprimir y Castigar el Tráfico de Personas, Especialmente Mujeres y Niños suplementando la Convención de las Naciones Unidas contra el Crimen Organizado Transnacional que fue el primer instrumento de la ONU que trató la demanda en el contexto de la prevención del tráfico, generalmente haciendo un llamado a los países para que adopten o refuercen medidas legislativas o de otras para reducir la demanda que fomenta toda forma de explotación de mujeres y niños (Raymond 2004; Naciones Unidas 2000).

## CUADRO 2: HOMBRES, GÉNERO Y MASCULINIDADES

En los últimos 20 años, los investigadores han ayudado a formar un entendimiento de cómo el género — enraizado en las normas sociales, en las instituciones sociales y las prácticas sociales — crea y perpetúa los desequilibrios de poder. Las investigaciones también han ayudado a hacer visible cómo se construyen socialmente las normas relacionadas con las masculinidades y las implicaciones que tienen las versiones sobresalientes de las opiniones acerca de la hombría sobre las vidas de los hombres y las mujeres. Antes de hablar de cómo es que las masculinidades influyen en y provocan los comportamientos de los hombres relacionados con el trabajo sexual y otras formas de explotación sexual y violencia sexual, es de utilidad ofrecer algunas definiciones.

El *género*, como lo usamos aquí, se refiere a los roles sociales, expectativas y definiciones de lo que significa ser hombres y mujeres en determinado contexto (en contraste con el *sexo* que se refiere al hecho biológico de haber nacido hombre o mujer). Las *normas de género masculinas* son las expectativas sociales específicas y los roles asignados a los hombres y los niños en relación con las mujeres y las niñas. Éstas a menudo incluyen ideas de que los hombres deben arriesgarse, aguantar el dolor, ser fuertes y estoicos, o que deben tener múltiples parejas sexuales — a veces incluyendo el pagar por las relaciones sexuales — para demostrar que son “verdaderos hombres”. *Masculinidades* se refiere a las muchas maneras en que se define socialmente la hombría a través de contextos históricos y culturales y las diferencias de poder que existen entre las diferentes versiones de la hombría (Connell 1994). Por ejemplo, una versión de la hombría asociada con la clase social o grupo étnico dominante en un determinado contexto puede



tener mayor poder y prominencia, así como las masculinidades heterosexuales a menudo poseen más poder que las masculinidades homosexuales o bisexuales. El *patriarcado* se refiere a desequilibrios históricos de poder y prácticas culturales y sistemas que otorgan a los hombres, además, un mayor poder dentro de la sociedad y les ofrecen beneficios materiales, tales como mayores ingresos y beneficios informales incluyendo el cuidado y servicio doméstico de parte de las mujeres y niñas en la familia (UN Division for the Advancement of Women 2003).

El marco conceptual que a guiado a muchas intervenciones con hombres y jóvenes desde una perspectiva de género es una *perspectiva social construccionista* (Connell 1987 & 1994; Kimmel 2000). Este enfoque afirma que las masculinidades y las normas de género son: (1) construidas socialmente en vez de inducidas biológicamente), (2) varían a través de contextos históricos y locales y (3) interactúan con otros factores tales como la pobreza y la

## II. HOMBRES, MASCULINIDADES, EXPLOTACIÓN SEXUAL Y TRABAJO SEXUAL

---

Una de las formas más comunes y reconocidas de explotación sexual es la prostitución, o el trabajo sexual (ver CUADRO 3). En efecto, en las dos últimas décadas, se ha reportado una rápida expansión y diversificación significativa de las oportunidades para comprar servicios sexuales, o cuando menos, estas oportunidades se han hecho más visibles (Anderson y O'Connell Davidson 2003). El lado de la demanda, sin embargo, o sea las motivaciones o factores relacionados con la compra de sexo por parte de los hombres siempre ha sido invisible o ignorada <sup>3</sup>. Sin embargo, sabemos que los estereotipos acerca de la masculinidad y la sexualidad del hombre a menudo han reforzado o perpetuado normas que contribuyen a una más amplia racionalización de la compra de sexo que realizan los hombres y, en algunos casos, apoyan o estimulan la anuencia a estos comportamientos (Joe-Canon 2006). Estos estereotipos incluyen:

- "Son básicamente hombres decentes en busca de un poco de diversión inofensiva;"
- "Los chicos serán chicos;"
- "Es el resultado inevitable de los instintos naturales del hombre;"
- "La prostitución protege a las mujeres 'buenas' de la violación,"
- "Los hombres necesitan liberar la tensión;"
- "La biología del hombre es diferente a la biología de la mujer y ésta requiere de muchas mujeres para alcanzar la satisfacción sexual;"
- "Es una manera de iniciar a los chicos y hombres en la actividad sexual;"
- "Los hombres les están dando a estas mujeres una manera de ganarse la vida;"
- "No están lastimando a nadie;" y
- "Todo el mundo lo hace, o no?"

(Durchslag 2008; Joe-Canon 2006; MacLeod 2008)

En esta sección, intentamos ir más allá de estos estereotipos y explorar algunos de los diversos factores individuales y sociales subyacentes en el pago o utilización del trabajo sexual por los hombres, así como de algunos vínculos entre el uso del trabajo sexual y otras formas de explotación y violencia. Es importante, sin embargo, reconocer primero el debate alrededor de lo que implica el trabajo sexual y distinguir entre trabajo sexual de niños, el cual es siempre explotación sexual, y el trabajo sexual de adultos que puede ser, dependiendo de las circunstancias, explotación sexual. Este debate se explora en el Cuadro 3.

<sup>3</sup> Es importante reconocer que el lado de la demanda no está limitado a los hombres que compran sexo. También incluye a individuos (a menudo hombres pero también mujeres) que obtienen ganancias de la industria que rodea a la compra de sexo por hombres. Debido a que las motivaciones de estos individuos son con mayor frecuencia basadas en factores económicos que en normas sociales y masculinidades, no concentraremos nuestra discusión en ellas.

### CUADRO 3: PROSTITUCIÓN O TRABAJO SEXUAL?

La prostitución puede definirse como “cualquier actividad sexual consensual entre adultos que involucre dinero o cualquiera otra compensación material”. **No** incluye actos sexuales no consensuados, ya sean perpetrados por fraude, bajo amenaza de fuerza, o por fuerza, o cualquier acto sexual perpetrado contra menores” (FFE nd). Trabajadora sexual, por otro lado, es un término “acuñado por las mismas trabajadoras sexuales para redefinir el sexo comercial... como una actividad remunerada o forma de empleo para mujeres y hombres” (Bindman y Doezema 1997 en Altman 2001). El término intenta presentar una alternativa a las connotaciones peyorativas asociadas con la prostitución. Al mismo tiempo, sin embargo, puede también argumentarse que el término “trabajo sexual” implica una “forma de igualdad en el poder económico y de negociación” lo que rara vez es el caso para individuos involucrados en el sexo comercial (Altman 2001)<sup>4</sup> – particularmente cuando se considera como la pobreza y otros factores estructurales influyen la iniciación sexual de las mujeres (y de los hombres), su entrada al trabajo sexual o trata y sus habilidades para ejercer poder sobre sus vidas y sobre sus interacciones con los “clientes”. El impacto de la pobreza y las limitadas oportunidades económicas sobre el ingreso de las mujeres al trabajo sexual y a la trata, no pueden ser subestimados. Investigaciones realizadas en diversos escenarios, por ejemplo, han encontrado que el trabajo sexual frecuentemente ofrece “significativamente mayores ingresos que otras formas de trabajo no cualificado” (Gould y Fick 2008). Otros factores estructurales que pueden influenciar el ingreso de la mujer al trabajo sexual y a la trata y su habilidad para controlar sus comportamientos y sus interacciones, van desde la presencia de conflictos, de militares o cuerpos de paz en un país, hasta el estatus legal del trabajo sexual (Raymond 2003).

Existe también un debate entre aquéllos que sostienen que el trabajo sexual es intrínsecamente una violación a los derechos humanos y debe ser abolido por completo y los que argumentan que los adultos deben tener el derecho de usar sus cuerpos para hacer dinero, que el trabajo sexual debe ser considerado como un trabajo legítimo, y que los derechos humanos implican asegurar que las trabajadoras sexuales estén protegidas de la explotación y el peligro (Altman 2001). Mucho de este debate surgió del contexto de la epidemia del VIH en la década de 1980 y 1990 cuando se argumentó que el trabajo sexual necesitaba legalizarse o cuando menos reconocerse para que se promoviera la minimización del daño mediante el uso de condones (Jeffreys 2002). En 1998, la Oficina Internacional del Trabajo (OIT), publicó un informe que reconoce al trabajo sexual como una forma de trabajo y que recomienda a los gobiernos extender los derechos y la protección laboral a fin de incluir a los que están involucrados en el trabajo sexual (Lim 1998).

Con toda seguridad, el debate sobre las mujeres y el trabajo sexual es complicado. ¿Es el trabajo sexual una forma de trabajo el cual los individuos tienen el derecho de elegir, o es invariablemente una violación a los derechos? ¿Puede decirse que si no aceptamos la idea de que las mujeres pueden elegir el trabajo sexual

<sup>4</sup> Despite this ongoing debate regarding the term, however, we have opted to use “sex worker” instead of “prostitute” in this paper as it is generally the preferred term of those who advocate for the rights and dignity of individuals involved in commercial sex.

como ocupación, estamos negándoles la gestión sexual? Mientras que es evidentemente importante evaluar hasta qué punto es una libre elección la participación de una mujer (o un hombre) en el trabajo sexual o si es el resultado de desigualdades estructurales y oportunidades limitadas, cómo interpretamos esos ejemplos de mujeres de clase media o clase alta que también venden sexo? De la misma forma, en términos de tráfico de mujeres y niñas para explotación sexual, hay algunos activistas que alegan que la coerción física es ciertamente tráfico forzado, pero que algunos cálculos de mujeres "traficadas" incluyen a mujeres que tuvieron algún grado de elección por buscar una oportunidad económica. Estos temas están abiertos a un gran debate. Mientras que pensamos que es importante reconocer este debate y sus diversas complejidades, nuestra intención aquí es no establecer una posición acerca de las mujeres los derechos y el trabajo sexual sino más bien explorar los vínculos entre las normas predominantes y los puntos de vista sobre la hombría y el uso de los hombres del trabajo sexual y cómo éstos perpetúan una demanda por el trabajo sexual y el tráfico para explotación sexual.

Finalmente, es importante afirmar que hay áreas del trabajo sexual que no son ambiguas en términos legales o morales, incluyendo la explotación sexual de niños, el tráfico de mujeres, y el uso de la violencia por hombres (o mujeres) en el acto del sexo comercial. Por ejemplo, mientras existe el continuo debate mencionado arriba sobre si el elegir ejercer el trabajo sexual puede considerarse un derecho, en el caso de los niños, el trabajo sexual es invariablemente explotación sexual. Es generalmente reconocido que los niños menores de 12 años nunca pueden consentir a la actividad sexual y que los jóvenes entre 12 y 18 años no pueden consentir a actos sexuales excepto bajo circunstancias específicas que conllevan actividad sexual con pares de la misma edad <sup>5</sup>. Además, los jóvenes, o adultos en tal caso, no pueden dar su consentimiento si están viviendo en un clima de abuso, explotación sexual, coerción o violencia, y los jóvenes menores de 18 años tampoco pueden dar su consentimiento a ninguna actividad sexual con personas mayores en posiciones de autoridad.

## De cuántos hombres estamos hablando?

Hay relativamente pocas investigaciones acerca de cuántos hombres o qué porcentaje de la población masculina en determinado contexto compra actos sexuales. Es a menudo difícil comparar las investigaciones disponibles y estadísticas de un país con otro o de una encuesta con otra debido a los diferentes métodos y definiciones utilizados. Sin embargo, una revisión reciente de encuestas de hogares, encuestas conductuales de vigilancia e investigaciones existentes de alrededor del mundo calculó un porcentaje medio de hombres que reportaban haber pagado por sexo en los últimos 12 meses. ***El porcentaje global de hombres que compraron sexo en los últimos 12 meses se estimó en 9-10 por ciento***, con estimaciones de 13 por ciento a 15 por ciento en la región de África Central, y 5-7 por ciento en Asia y Latinoamérica, mientras que un estudio en Europa Occidental encontró que el porcentaje ahí era de alrededor del 3 por ciento (Crauel 2006). Evidentemente, el

<sup>5</sup> La edad legal de consentimiento para la actividad sexual, sin embargo, varía por países y está generalmente entre 12 y 16 años.

porcentaje de hombres que compran sexo varía enormemente entre países y culturas, yendo de un muy bajo porcentaje en algunos lugares hasta un 40 por ciento en otros (Joe-Canon 2006; Mansson nd). En este aspecto, un porcentaje global es mucho menos útil que tratar de entender las variaciones por contexto.

## Qué hombres compran sexo?

Investigaciones anteriores sobre los hombres y el trabajo sexual tendían a enfatizar las características psicopatológicas de los hombres que compran sexo. Sin embargo, **al enfatizar deficiencias personales o cualidades negativas, este conjunto de investigaciones a menudo ignora los factores culturales y situacionales que pueden influir en la decisión de un hombre de comprar sexo, y las normas sociales más amplias, particularmente aquéllas relacionadas con el género, que avalan tal conducta de algunos hombres aunque la mayoría de los hombres no compran sexo** (Monto 2005). La teoría sociológica y las investigaciones etnográficas más recientes se han alejado de la patologización de los hombres que compran sexo y se acercan a una perspectiva que considera la interacción entre factores individuales y normas socioculturales relacionadas con la masculinidad y la sexualidad del hombre (Busch 2002).

**Las investigaciones de alrededor del mundo han demostrado que los hombres que compran sexo no son un grupo homogéneo; representan todas las edades, nacionalidades, razas y clases sociales** (Joe-Canon 2006; Hughes 2004). Uno de los estudios más completos a la fecha sobre las características de los hombres que solicitan el trabajo sexual fue un estudio comparativo realizado en los Estados Unidos que comparó una amplia muestra de hombres que fueron arrestados por tratar de contratar trabajo sexual en la calle (n=1672) con muestras nacionales representativas de hombres. El estudio encontró que los clientes hombres era menos probable que fueran casados, menos probable que fueran felizmente casados si eran casados y más probable que reportaran ser infelices en general que los hombres en las muestras nacionales (Monto 2005). El estudio encontró también que estos hombres tenían menos probabilidades de considerar malas una variedad de actividades sexuales un tanto controversiales que otros hombres, y eran mucho más proclives a participar en otros aspectos de la industria sexual (ej.; pornografía) que los hombres en general. Aunque estos hallazgos indican que los hombres que buscan a las trabajadoras sexuales (al menos en el contexto específico de EU) pueden diferenciarse de manera significativa de los hombres en general, algunos investigadores creen que las diferencias entre los hombres que compran sexo y los que no lo hacen son más un asunto de grado que de calidad (Monto 2000).

Finalmente, aunque algunos hombres de todas las edades buscan a las trabajadoras sexuales, **las investigaciones sugieren que muchos hombres que compran sexo son jóvenes cuando lo hacen por primera vez**. Los datos de un estudio piloto en varios países realizado con aproximadamente 180 clientes de trabajadoras sexuales en Dinamarca, Suecia, Japón, Tailandia, India e Italia revelan que alrededor de 78 por ciento había acudido primero con una trabajadora sexual a la edad de 21 años o menos, y cerca del 18 por ciento tenía menos de 18 años (Anderson y O'Connell Davidson 2003). En Latinoamérica, hasta un 11.6 por ciento de los hombres reportaron que su primera relación sexual fue con una trabajadora sexual (UNFPA 2001). Estos jóvenes a menudo están copiando el comportamiento de los hombres mayores y pueden ser estimulados – a veces hasta el punto de coerción – a comprar sexo para marcar su paso hacia la hombría (Barker 2005; Canon 2006; Hughes 2004). Tales presiones sociales vividas en la juventud tienen efectos duraderos en el comportamiento; es interesante notar, por ejemplo, que en el estudio de varios países mencionado arriba, mientras más edad tenía una persona cuando compró sexo por

primera vez, menores probabilidades tenía de continuar haciéndolo. Un estudio en Escocia encontró que si un hombre no había comprado sexo a la edad de 25 años, tenía menos probabilidades de hacerlo en el futuro (MacLeod et al, 2008). ***Estos hallazgos sugerirían, entonces, que los esfuerzos por reducir la demanda de trabajo sexual deben concentrarse en el trabajo educativo y preventivo con niños y jóvenes*** (Anderson y O'Connell Davidson 2003).

## **Qué buscan los hombres cuando compran sexo?**

Mientras que mucha de la discusión acerca de la sexualidad del hombre se reduce a factores biológicos, las motivaciones del hombre para el sexo y para la compra del sexo son una compleja interrelación entre deseos e intenciones individuales, normas culturales e históricas específicas que rodean a la masculinidad y la sexualidad y los significados sociales vinculados al sexo y a comprar sexo (Anderson y O'Connell Davidson 2003; Mansson nd). En Tailandia y Vietnam, por ejemplo, las investigaciones sugieren que comprar sexo puede ser parte de un rito de paso, así como un ritual para consolidar relaciones con amigos o colegas en una etapa específica de la vida o del escenario social, por ejemplo, durante misiones militares o estando de vacaciones o fuera de casa con un grupo de pares de la misma edad (Anderson y O'Connell Davidson 2003; Hoa Duc 2006). Por otro lado, investigaciones con hombres daneses y escandinavos encontraron que ellos nunca experimentaron presión social para comprar sexo y rechazaban la idea de que comprar sexo podría ser visto como una marca pública de virilidad o masculinidad (Anderson y O'Connell Davidson 2003). En efecto, para algunos hombres, el pagar por sexo puede no encajar con la identidad sexual masculina estereotípica; acudir a trabajadoras sexuales puede ser interpretado por algunos hombres en algunos sitios como que uno no es lo suficientemente "hombre" o viril para acceder al sexo de otra manera. Es importante también reconocer la fluidez que existe entre los individuos y las normas y escenarios locales – o sea, algunos hombres que no considerarían nunca comprar sexo en su ambiente propio porque ahí no es socialmente aceptado ni es normal, o porque se sienten temporalmente deslindados de o no responsables ante las normas de su propio ambiente local. La mera disponibilidad del sexo pagado, de hecho, puede ser un factor que motive a algunos hombres a pagar por sexo.

Los pares juegan un papel particularmente importante en la perpetuación de normas e ideales de masculinidad que pueden influir en la decisión de los hombres de comprar sexo. Por ejemplo, en un estudio piloto de varios países en Dinamarca, Suecia, Japón, Tailandia, India e Italia, la experiencia de un hombre de comprar sexo era más probable que hubiera sido arreglada por amigos o colegas que el resultado de una decisión independiente. ***En otras palabras, para la mayoría de los hombres que compran sexo, como se confirma en estos estudios, la decisión inicial de hacerlo puede ser tanto un "asunto público y social como una cuestión personal", o sea, la "actuación" o presentación pública de un tipo específico de masculinidad ante los hombres pares*** (Anderson y O'Connell Davidson 2003).

Hay también un conjunto de investigaciones que indican que los hombres pueden buscar a las trabajadoras sexuales para experimentar algunos modelos de relaciones de género y feminidades sumisas y reforzar sus propios sentimientos de masculinidad y poder y control en las relaciones (Mansson nd; O'Connell Davidson 2001; Yokoto 2006). En efecto, algunos investigadores argumentan que ha habido un aumento en trabajo sexual en décadas recientes y que este aumento puede contextualizarse dentro de los intentos de los hombres de compensar por los cambios en los roles de género en el mundo occidental y la reducción del poder masculino y sexual en sus propias relaciones cotidianas (Mansson nd; O'Connell Davidson 2001). En el caso del tráfico

y el turismo sexual, estos intentos de experimentar ciertos conceptos de masculinidades dominantes y feminidades sumisas o de fácil disponibilidad sexual pueden a menudo estar también entrelazados con estereotipos de mujeres de ciertos grupos étnicos o raciales (Mansson nd; O'Connell Davidson 2001, Piscitelli nd).

La oportunidad de tener relaciones sexuales con una mujer joven o juvenil es otra razón por la que los hombres pueden comprar sexo; en un estudio de varios países de clientes hombres, más de tres cuartas partes expresaron una preferencia por mujeres de 25 años o menos y 22 por ciento preferían a las de 18 años o menos (Anderson y O'Connell Davidson 2003). En un estudio de 113 hombres en Chicago (EU) que compran sexo, 80 por ciento creían que la mayoría de los hombres preferían trabajadoras sexuales jóvenes (Durchslag y Goswami 2008). Esta preferencia está moldeada por factores socioculturales, incluyendo aquellos que llevan a los hombres a querer afirmar ciertas identidades sexuales masculinas de vitalidad y dominio (ECPAT International 2005; Save the Children Sweden 2004). Como lo expresó un hombre en un estudio en Perú, "es más fácil dominar a mujeres más jóvenes" (Save the Children Sweden 2004). Muchos hombres pueden también adjudicarles un mayor valor y placer sexual a cuerpos juveniles – una preferencia estética ciertamente influenciada por estándares socioculturales de la belleza y el cuerpo de la mujer y el creciente bombardeo de imágenes en los medios de modelos muy jóvenes (Save the Children Sweden 2004). Además, las investigaciones también han revelado que los hombres que buscan chicas menores de 18 años a menudo no consideran las relaciones sexuales con menores como "prohibidas" – más bien, pueden ver a estas niñas y jóvenes como que son capaces de consentir y/o creen que la transacción comercial legítima su derecho de tener relaciones sexuales con ellas (Anderson y O'Connell Davidson 2003; Save the Children Sweden 2004).

Los hombres también buscan a las trabajadoras sexuales porque pueden pensar que no son suficientemente atractivos para encontrar pareja, o porque no tienen acceso regular a otras parejas y/o quieren satisfacer diferentes demandas sexuales. En sitios con una rígida segregación sexual y/o tabúes acerca del sexo premarital, por ejemplo, puede esperarse que los hombres, particularmente los jóvenes, tengan experiencia sexual y pueden buscar a las trabajadoras sexuales como un medio de adquirirla. En algunas culturas, los hombres casados pueden, en cambio, buscar a las trabajadoras sexuales para ciertos tipos de experiencias sexuales que creen que sus parejas podrían encontrar objetables (Durchslag y Goswami 2008). En efecto, algunos hombres pueden creer en una categorización estereotípica de las mujeres como "mujeres buenas/mujeres malas" o, más específicamente, mujeres que son percibidas como adecuadas para relaciones de largo plazo y a menudo puramente relaciones sexuales (Barker 2005; Wilkinson 2005). Las trabajadoras sexuales son generalmente vistas como el segundo tipo de mujeres y muchos hombres (y muchas veces la comunidad más amplia y la sociedad) pueden, como resultado verlas como que tienen menos derechos y dignidad que otras mujeres.

Existe también alguna evidencia de que la demanda del trabajo sexual está en aumento en regiones o partes de China y la India como resultado de la relativa "escasez" de mujeres casaderas en estos sitios. A medida que una generación de chicos y jóvenes ha llegado a la madurez sexual, hay una relativa escasez de chicas y mujeres del mismo rango de edad que normalmente serían sus parejas sexuales (ya sea dentro o fuera del matrimonio o uniones formales). Estas proporciones de sexo sesgadas son un artefacto de la preferencia por los hijos varones y el uso subsecuente del aborto selectivo por sexo y el descuido de las infantes que ha resultado en las muy publicitadas "niñas desaparecidas" del sur de Asia. En China, a estos jóvenes se les llama "*guang gun-er*" o 'ramas desnudas' porque son ramas del árbol genealógico que nunca darán frutos" (Hudson y Den Boer 2004). Uno de los resultados propuestos de esta

demografía distorsionada es una creciente demanda de trabajo sexual y redes de tráfico (Guilmoto nd) así como otras formas de explotación sexual y violencia tales como el secuestro y la venta de mujeres para proporcionar novias (Hudson y Den Boer 2004).

Finalmente, hay un creciente conjunto de investigaciones sobre las versiones específicas de la hombría que han surgido entre grupos particulares de hombres, tales como mineros, choferes de camiones y otros grupos de hombres que emigran o cuyos trabajos son muy movibles, y los vínculos con la demanda de estos hombres de trabajo sexual. Por ejemplo, investigaciones etnográficas con mineros en Sudáfrica han demostrado cómo los hombres forman una noción particular de la hombría, para ayudarles a manejar los temores y las batallas de sus vidas cotidianas, que combina conceptos de valentía y persistencia con sexualidad insaciable y una necesidad de múltiples parejas (Campbell 2001). Para satisfacer esta noción de la hombría, estos hombres, que a menudo pasan largos periodos de tiempo lejos de sus esposas o parejas, pueden participar en altos niveles de actividad sexual, muy a menudo con trabajadoras sexuales. Además, mucha de esta actividad sexual puede ser desprotegida ya que el contacto sexual “piel con piel” puede simbolizar una forma de intimidad emocional a la cual estos hombres pueden que no tengan acceso en sus vidas diarias. Además de las implicaciones para las violaciones de los derechos humanos, estas tendencias son particularmente perturbadoras en el contexto de la epidemia del VIH en la región.

#### **CUADRO 4: PAPITO: MASCULINIDADES Y SEXO TRANS-GENERACIONAL Y TRANSACCIONAL**

Hay muchas mujeres jóvenes que pueden no considerarse a sí mismas como que están involucradas en el trabajo sexual, pero cuyas relaciones sexuales pueden incluir una explícita dimensión transaccional. Estos tipos de relaciones sexuales han sido ampliamente investigadas y discutidas en el contexto de África subsahariana y son generalmente con hombres mayores, o los llamados papitos, a cambio de alimento, escuela, cuotas y apoyo a las familias.<sup>6</sup> Las estimaciones de la frecuencia de estas relaciones varía mucho por lugar y por estudio; en Camerún, por ejemplo, sólo el 5 por ciento de las chicas adolescentes reportaron haber tenido una relación sexual a cambio de dinero o regalos, comparado con 66 por ciento de adolescentes en Malawi (Luke y Kurz 2002). Debido a que están generalmente asociadas con la edad y las asimetrías económicas y la falta de opciones alternativas de ingresos, estas relaciones a menudo comprenden diversos grados de coerción sexual. Al mismo tiempo, las jóvenes involucradas en estas relaciones con frecuencia enfrentan una doble moral en cuestión de la crítica social. Un estudio cualitativo en Namibia y Sudáfrica encontró que aunque la sociedad en general no aprobaba estas relaciones, “en la mayoría de los casos la chica será más criticada (que el hombre)”, como lo explicó un informante (Jewkes et al. 2005). Mientras que hay una relativamente vasta literatura sobre lo que motiva a las chicas a involucrarse en relaciones trans-generacionales o de papitos, existe muy poca investigación acerca de las motivaciones específicas de los hombres (Hope 2007). Algunas razones por las que los hombres pueden involucrarse en

<sup>6</sup> Hay también reportes de hombres jóvenes que se involucran en sexo transaccional con mujeres mayores o casadas, conocidas como “mamitas”. Estas relaciones son a menudo provocadas por la necesidad económica, como en el caso de las mujeres jóvenes, así como por estatus entre los pares (Mataure et al. 2000 in Barker y Ricardo 2005).



relaciones con mujeres jóvenes incluyen la creencia de que las jóvenes tienen menos probabilidades de estar infectadas con el VIH y el prestigio y la autoestima que pueden estar asociados con los hombres que tienen múltiples parejas jóvenes y con demostrar que pueden “conquistar” y mantener a muchas mujeres (Luke y Kurtz 2002).

## **Cuáles son las actitudes de los hombres acerca del tráfico de mujeres para explotación sexual?**

A pesar de la gran cantidad de investigaciones, programación y gestión dedicadas a acabar con el tráfico de mujeres, ha habido poca reflexión o investigación sobre las actitudes de los hombres acerca del tema, particularmente ya que se asocia con el tráfico para explotación sexual. Uno de los pocos estudios que han examinado las actitudes de los hombres fue el estudio en varios países en Dinamarca, Suecia, Japón, Tailandia, India e Italia con clientes de trabajadoras sexuales, mencionado arriba. Una cuarta parte de los hombres entrevistados dijeron que si un cliente se encontraba con una trabajadora sexual que ellos pensaban que era víctima de tráfico, debería reportar el caso a las autoridades (Anderson y O’Connell Davidson 2003). En efecto, hay ejemplos de clientes que han ayudado a “rescatar” a chicas y mujeres cuando se enteran de que fueron traficadas. Al mismo tiempo, el estudio de arriba encontró también que los clientes que a sabiendas usaban trabajadoras sexuales traficadas o “no libres” a menudo no las percibían como sujetos con consentimiento, sino como objetos o mercancía que el cliente podía comprar y poseer temporalmente. En las palabras de un cliente entrevistado:

“. . . Yo entiendo que la prostituta está ahí en primer lugar porque no tiene opción o porque está ahí forzada. Me siento mal por esto, especialmente si ha sido forzada o vendida. Pero el hecho es que ella está en el mercado carnal. . . ella es una mercancía ofreciendo un servicio y debe aceptarlo.” (Servidor público indio, casado, de 39 años – Anderson y O’Connell Davidson 2003).

***En efecto, los hombres que compran sexo a menudo no perciben el consentimiento como un asunto de las mujeres en el trabajo sexual y muchos, por lo tanto, no distinguen entre las víctimas del tráfico y las que no lo son*** (Hughes 2004). El estudio de arriba encontró que algunos clientes hombres hasta parecían asociar el tráfico de mujeres con beneficios para los clientes. Por ejemplo, un hombre de negocios indio de 21 años comentó que las chicas nepalíes que habían sido vendidas a prostíbulos son especialmente lindas cuando son nuevas: “No hablan demasiado y son más serviciales con el cliente. Las puedes controlar.” Otros clientes entrevistados, sin embargo, dijeron que les era repulsiva la idea de comprar sexo de mujeres que habían sido forzadas al trabajo sexual. Su repulsión, sin embargo, no siempre ni exclusivamente estaba fundada en principios morales – casi todos también hacían referencia a que sería sexualmente decepcionante estar con una trabajadora sexual que no hubiera elegido libremente el trabajo sexual. Había también un sentido de que el expresar su repulsión era reclamar un estatus social particular en el cual ellos no “necesitarían” comprar sexo de mujeres que eran “no libres” o que habían sido forzadas a realizar trabajo sexual. Sin embargo, ***algunos de los clientes que reportaban sentirse ya sea moralmente indignados o decepcionados sexualmente (o ambos) por la idea de tener relaciones sexuales con una trabajadora sexual que era “no libre” habían comprado sexo de trabajadoras que podían haber sido no libres o traficadas***. Aún así, algunos de estos hombres justificaban el haber comprado sexo con mujeres traficadas ya sea porque ellos, los clientes, estaban borrachos, no podían pagarles a trabajadoras sexuales más caras,

y/o porque la trabajadora sexual en cuestión resultó ser la más inmediatamente disponible (Anderson y O'Connell Davidson 2003).

## **Son muchos clientes hombres violentos con las trabajadoras sexuales?**

Existe considerable evidencia de que las mujeres que están en el trabajo sexual son con frecuencia víctimas de otras formas de violencia, incluyendo golpes, violación y asesinato (Busch 2002). ***Sin embargo, no hay indicación de que más de una pequeña minoría de clientes hombres son físicamente violentos con las trabajadoras sexuales*** y se necesita más investigación para identificar si es que y por qué algunos hombres que compran trabajo sexual son más propensos a usar violencia contra las trabajadoras sexuales (Busch 2002). Un estudio con trabajadoras sexuales en Ciudad del Cabo encontró que un disparador común del uso de la violencia de parte del cliente era que la trabajadora sexual se negara a acceder a alguna petición, particularmente de sexo anal o sexo sin protección. Los autores del estudio relacionaron esta respuesta violenta con normas sociales que asocian la masculinidad con tener el control de las decisiones sobre el sexo en las relaciones (Gould y pick 2008).

Además del problema del uso de los hombres de la violencia física o sexual contra las trabajadoras sexuales, está también la cuestión más amplia de cuándo y cómo la compra de sexo puede, en sí misma, considerarse un acto de violencia. La violencia puede definirse como la amenaza o el uso de cualquier tipo de fuerza (ej. emocional/psicológico, físico y económico) contra otros para establecer y/o reforzar asimetrías de poder. En este sentido, la compra de actos sexuales, a menudo enraizada en asimetrías socioeconómicas y de género, puede así considerarse una forma de violencia que cometen (en su mayoría) los hombres contra (en su mayoría) las mujeres. Lo que es más, niñas y mujeres que sufren de la explotación y la violencia sexual, frecuentemente experimentan una victimización adicional por parte de las instituciones legales y sociales, incluyendo la policía y los servicios sociales. Una investigación en Sri Lanka, por ejemplo, encontró que el acoso de la policía a trabajadoras sexuales de sexo femenino directamente incrementó el riesgo de las mujeres a la violencia, porque no contaban con recursos en caso de ser sujetas a la violencia y sus clientes varones frecuentemente conocían esta situación (Miller 2002). De hecho, en Sri Lanka y en muchos otros lugares, la venta de sexo está penalizada, las mujeres son frecuentemente forzadas a trabajar en la clandestinidad, por lo cual, se crean situaciones de vulnerabilidad ante la violencia y la coerción. Por otra parte, la despenalización del trabajo sexual no es suficiente si no está acompañando por esfuerzos por concientizar y cambiar las formas de pensar de aquellos que implementan y protegen la ley. En Suecia, por ejemplo, donde la legislación intenta proteger a las mujeres involucradas en el trabajo sexual criminalizando el pago por sexo, una investigación encontró que era mucho más probable que la policía protegiera a los hombres que pagan por sexo, que garanticen la ley (Jacobson 2002).

## **Contribuye la pornografía a que los hombres compren sexo?**

Ha habido un significativo conjunto de investigaciones que exploran el significado del consumo o uso de los hombres de la pornografía en privado, individualmente y dentro del contexto de la vinculación entre hombres o las redes sociales con otros hombres y muchachos (homosociabilidad) y en la construcción social de la masculinidad hegemónica (Johansson 2007). Investigaciones en Camboya, por ejemplo, han demostrado que los muchachos usan la pornografía como una herramienta para evaluar el dominio masculino haciendo gran alarde entre ellos de las cosas que han visto con la intención de que las chicas los oigan (Fordham 2006).

***Algunos investigadores (principalmente en los E.U.) también han estudiado la conexión entre el consumo por el hombre de la pornografía y su uso del trabajo sexual.*** Un estudio de hombres que pagaron por sexo encontró que aquellos que eran más jóvenes, y pagaban a trabajadoras sexuales con mayor frecuencia, tenían muchas más probabilidades de ser usuarios frecuentes de pornografía (Tewksbury y Golder 2005). Otro estudio en los EU encontró que el uso de la pornografía era más común entre los hombres que buscan trabajadoras sexuales que entre una muestra nacional representativa (Monto y McRee 2005). Sin embargo, cerca de la mitad de los hombres que habían pagado a trabajadoras sexuales no habían visto nunca revistas pornográficas ni videos pornográficos (Monto y McRee 2005). Mientras que estos resultados sugieren que el vínculo entre la pornografía y la compra de sexo puede no ser directa o casual, es claro que las dinámicas sexuales y de género más frecuentemente presentadas en la pornografía pueden contribuir a las nociones de los hombres de que las mujeres son objetos sexuales de consumo.

Finalmente, hay muy poca discusión en las investigaciones acerca de cuáles formas específicas de pornografía son dañinas o contribuyen a la compra de sexo o el uso de violencia sexual. Muchas parejas con consentimiento e individuos no violentos y no sexistas, por ejemplo, utilizan y disfrutan de algunas formas de material sexualmente explícito que algunos considerarían pornografía. Debido a tabúes sobre el tema y la incomodidad al hablar de sexualidad, sin embargo, este tema desafiante – de la pornografía dañina y sexista contra otras formas no violentas, no sexistas de material sexualmente explícito – es a menudo ignorado y rara vez discutido abiertamente.

## **CUADRO 5: MASCULINIDADES Y LA EXPLOTACIÓN SEXUAL COMERCIAL DE NIÑOS**

Así como con la explotación de niñas, los factores subyacentes en la explotación sexual comercial de niños son con mayor frecuencia las relaciones desiguales económicas y de poder entre niños y adultos (Atikin nd). En los casos de niños, sin embargo, el tema de la explotación sexual es a menudo más clandestino, rodeado por el estigma de las relaciones sexuales del mismo sexo y las construcciones de género estereotipadas acerca de los roles masculinos (Atikin nd; Altamira 2007; Masud Ali 2006). Las normas de género que sostienen que los niños deben ser fuertes y capaces de defenderse pueden llevar a “barreras y . . . protección inadecuada de los niños hombres incluyendo una ceguera social en relación con sus experiencias de explotación sexual y violencia sexual” (Masud Ali 2006). De igual forma, los niños pueden no reportar las experiencias de explotación sexual y violencia sexual por miedo de demostrar cualquier signo de debilidad, o por sentimientos confusos sobre la atracción sexual y las sanciones sociales relacionadas con el comportamiento homosexual.

Aunque el problema de la explotación sexual de los niños es a menudo considerado de poca magnitud comparado con el de las niñas, es un problema que abunda en muchos países y se lleva a cabo en diversos lugares desde las calles y las terminales de autobuses hasta los hoteles y restaurantes. La pobreza, el estatus migratorio, experiencias de abuso sexual y crisis familiar son algunos de los factores que más contribuyen a la vulnerabilidad de los niños a la explotación sexual (Masud Ali 2006; Muhammed 2006). Además, la explotación sexual de niños ocurre a través de diferentes contextos sociales y culturales. Para mencionar algunos:

—en Puerto Príncipe, Haití, los niños, particularmente los niños de la calle, son explotados sexualmente por turistas americanos y europeos y miembros de la elite haitiana (ECPAT 2001);

—en Estonia, alrededor del 70 por ciento de los niños de la calle han estado, o están, involucrados en el trabajo sexual como medio de supervivencia (ECPAT 2001);

—en la República Democrática del Congo, “Kamuke” o “Petit Poussins” se refiere a chicos adolescentes a quienes les ofrecen dinero y objetos de lujo mujeres de negocios mayores a cambio de sexo (ECPAT 2001);

—en la India, los niños que se unen a grupos de danza (bailarines Luanda) a menudo son forzados a trabajo sexual y se enfrentan a una violencia brutal (Lahiri 2007);

—en Gran Bretaña, la explotación sexual comercial de niños ha sido citada como una de “las más clandestinas formas de abuso sexual... de la que menos se sabe” (Hill 2001); y

—en la Ciudad de Nueva York, las investigaciones han encontrado que podría haber más niños que niñas en la explotación sexual comercial (ECPAT 2001).

**Un concepto erróneo común en cuanto a la explotación sexual de niños es que es un problema relacionado solamente con la homosexualidad o atracción del mismo sexo; o sea, que los niños que están en la venta de sexo son homosexuales y que los hombres que compran sexo lo son también (Altamira 2007; Atikin nd; Masud Ali 2006). De hecho, los niños que son víctimas de explotación sexual son un grupo heterogéneo de individuos con diversas y emergentes identidades y orientaciones sexuales (Liabo 2000; Masud-Ali 2006).** Pueden identificarse a sí mismos como homosexuales, heterosexuales o bisexuales y pueden tener diferentes percepciones de sus actividades (Liabo 2000). De la misma forma, la explotación sexual de niños no es perpetrada sólo por hombres que se identifican como homosexuales. En efecto, muchos perpetradores son hombres homosexuales – o al menos se identificarían a sí mismos como tales – y contrario a la creencia popular, las investigaciones han demostrado que estos hombres son generalmente de las mismas comunidades que los niños a quienes explotan sexualmente, en vez de ser turistas (Masud-Ali 2006; Muhammed 2006).

**Para algunos hombres heterosexuales, comprar sexo de otro hombre puede ser una cuestión de conveniencia y acceso.** Esto puede ser particularmente cierto en sitios con una segregación de los espacios sociales basada en el género, como se demostró en investigaciones realizadas en Bangladesh, India y Pakistán donde muchos hombres pueden tener relaciones sexuales con hombres (o niños) porque no tienen acceso a parejas sexuales femeninas (Altamira 2007). Cuando el comportamiento de estos hombres se conceptualiza más en un marco *pasivo* (los que son penetrados) y *activo* (los que penetran), parece que el concepto de los hombres que tienen relaciones sexuales con hombres también refleja el mismo marco de género que es similar al modelo heterosexual, en el cual hay una relación de poder desigual (Masud-Ali 2006; Parker 1999). Esta construcción de género específica quizás explica mejor lo muy deseables que son los niños en la explotación sexual comercial, ya que los niños pueden considerarse más “femeninos”, i.e. menos poderosos y más fáciles de colocar en roles sexuales pasivos (Masud-Ali 2006; Muhammed 2006). Sus cuerpos menos desarrollados y menos musculosos pueden también parecer, para algunos hombres, femeninos y por lo tanto más atractivos. De estas maneras, la segregación de género puede aumentar la vulnerabilidad para los niños (y niñas) ya que a menudo hay poco escrutinio público de estos espacios y los explotadores pueden acceder y abordar a los niños fácilmente (Masud-Ali 2006; Muhammed 2006).

## **CUADRO 6: HOMBRES, TECNOLOGÍA DE COMUNICACIONES Y EXPLOTACIÓN SEXUAL**

Las últimas décadas han visto una rápida expansión de las tecnologías de medios y comunicaciones y, como resultado, un mayor acceso a herramientas y espacios para la explotación sexual. La introducción de las computadoras y la Internet, en particular, han provocado un aumento dramático en la circulación y el consumo de pornografía (Johansson 2007; Mansson 2004) y disponibilidad de sexo por dinero – aunque hay pocos conocimientos sobre cómo exactamente esto ha afectado o quizás hasta cambiado el contenido y la estructura de la demanda (Mansson 2004). Sin embargo, como sostiene Donna Hughes: “Los hombres son generalmente reservados acerca de su explotación de las mujeres y los niños y uno de los factores del éxito de la industria sexual en línea ha sido la capacidad de los hombres de bajar pornografía o acceder a la prostitución en línea desde la privacidad de sus hogares y oficinas” (Hughes 2000). También hay alguna evidencia de cómo la Internet ha fomentado el reforzamiento de vínculos homosociales entre clientes hombres, un fenómeno que puede observarse a través del creciente número de comunidades en línea en las que los hombres se reúnen para compartir información acerca de sus experiencias con trabajadoras sexuales, o cuando menos ofrece un “espacio seguro”, libre de sanciones sociales, donde los hombres pueden hablar de estas experiencias con otros hombres (Mansson 2004; Williams et al. 2008).

### III. HOMBRES, MASCULINIDADES Y VIOLENCIA SEXUAL

---

Aunque hay un creciente cúmulo de información sobre el uso de la violencia física por parte del hombre en contra de la mujer, se sabe menos acerca del uso de la coerción sexual y la violencia sexual por parte del hombre. Los datos existentes de encuestas de muestra colectados de hombres son en su mayoría de Norteamérica y con pequeñas muestras de estudiantes universitarios o violadores encarcelados, y en algunos pocos países donde esto ha sido objeto de investigaciones, tales como Sudáfrica (Bergen 2006; Jewkes et al. 2006). ***El reciente estudio de la OMS en varios países sobre la violencia contra la mujer realizado con amplias muestras de mujeres ofrece, por lo tanto, una de las fuentes más robustas de información sobre la extensión del uso del hombre de la coerción sexual y la violación, como lo reportan las mujeres.*** El estudio encontró que el porcentaje de mujeres que reportaron violencia sexual de parte de una pareja iba desde el 6 por ciento hasta el 59 por ciento, con la mayoría de los casos situados entre el 10 y el 50 por ciento<sup>7</sup>. En la mayoría de los casos, cerca de la mitad de la violencia sexual fue resultado de la fuerza física real en vez del miedo de que la violencia resultara del rechazo a los avances sexuales de los perpetradores (OMS 2005). El mismo estudio encontró que hasta el 12 por ciento de las mujeres reportaron haber sufrido violencia sexual (después de los 15 años) de manos de alguien que no era su pareja, incluyendo extraños, parientes hombres (sin incluir a padres) o amigos de la familia.

***Para algunas niñas y mujeres, el sexo bajo coerción y la violencia sexual pueden ser una experiencia común de la infancia.*** En 10 de los 15 lugares incluidos en el estudio de la OMS de varios países, más del 5 por ciento de las mujeres que habían tenido relaciones sexuales alguna vez reportaron su primera experiencia sexual como forzada (OMS 2005). El estudio encontró también que en todos los sitios, excepto en Etiopía, mientras más joven era una mujer al momento de su primera experiencia sexual, más probabilidades había de que hubiera sido forzada – más del 30 por ciento de las mujeres en más de la mitad de los lugares que reportaron la primera experiencia sexual antes de los 15 años describieron que ésta fue forzada. Una revisión de estudios de 20 países, incluyendo 10 encuestas nacionales representativas, mostraron tasas de abuso sexual infantil que iban del 7 al 36 por ciento de niñas (comparado con 3-29 por ciento de niños), con la mayoría de los estudios reportando hasta tres veces más violencia sexual contra las niñas que contra los niños (Finkelhor 1994). Dada la amplia variación en las tasas de violencia sexual reportadas, llamamos la atención otra vez a la necesidad de entender los factores contextuales locales que pueden explicar estas variaciones – y que nos dan ideas de cómo prevenir dicha violencia.

#### **Cuál es el contexto del uso de la violencia de los hombres contra las mujeres?**

Así como con otros tipos de violencia contra las mujeres, la violencia sexual es con mayor frecuencia una manifestación de normas de género rígidas y desequilibrios de

<sup>7</sup> Las amplias variaciones entre los lugares en cuanto al predominio de la violencia sexual reportada subraya el hecho de que la violencia no es una característica inherente o inevitable de las relaciones íntimas. Más bien, está enraizada en una combinación de factores contextuales, tales como las normas sociales acerca del comportamiento de los hombres y las mujeres, la aceptabilidad de la violencia y factores psicológicos tales como el grado de aceptación de ciertas normas de género, relaciones y violencia (OMS 2002).

poder entre mujeres y hombres. Estas rígidas normas de género incluyen aquéllas que defienden la superioridad y el dominio del hombre sobre la mujer y la sumisión de la mujer, así como aquéllas que asocian la afirmación de la identidad de un hombre con la cantidad y la frecuencia de sus experiencias (hetero) sexuales. Investigaciones en Sudáfrica han encontrado que los hombres jóvenes pueden construir y evaluar la "masculinidad exitosa" a través de "actos continuos de competencia en relación con hombres pares, considerando a la conquista sexual como un signo de estatus, ya sea que ésta se consiga a través del cortejo, la súplica, trucos o, finalmente, el uso de la fuerza" (Jewkes 2005 & Word y Jewkes 2001 en Jewkes et al. 2006). En un estudio en Kenia, muchachos adolescentes dijeron que ellos recurrieron a presionar a las muchachas a tener relaciones sexuales porque temían ser definidos como "no suficientemente hombres" o impotentes si no tenían relaciones sexuales (Njue et al. 2005). Igualmente, investigaciones en Camboya sobre la juventud y *bauk*, o violación de pandillas, encontraron que los hombres jóvenes asociaban la participación en *bauk* como una afirmación de su masculinidad o, como lo explicó un joven, "Él no sería hombre si no fuera capaz de violarla" (Wilkinson et al. 2005). Las investigaciones en estos diferentes sitios encontraron también que mucho del discurso que asocia las experiencias sexuales de los hombres con la afirmación de su masculinidad está reforzado por normas que presentan las necesidades y los deseos sexuales de los hombres como incontrollables y que, una vez que se despiertan, requieren satisfacción inmediata (Cáceres 2005; Jejeebhoy 2005; Wilkinson et al. 2005).

***Es importante enfatizar, sin embargo, que las normas y significados sociales de la masculinidad y la violencia sexual varían muchísimo por contexto.*** La conexión entre masculinidad y comportamiento sexual no siempre comprende el incluir o perdonar un elemento de fuerza o coerción. En otro estudio en Sudáfrica, la mayoría de los hombres se ufanan de sus habilidades de persuasión y consideraban el uso de la fuerza para obtener sexo como algo "no masculino" (Word y Jewkes 2001 en Jewkes 2006). En Brasil, investigaciones con hombres jóvenes en contextos urbanos de escasos recursos encontraron que aunque la violencia física contra las parejas se consideraba aceptable en algunas circunstancias y era practicada por tantos como la cuarta parte de los jóvenes en sus relaciones íntimas actuales o más recientes, la violencia sexual generalmente no era perdonada. Los jóvenes no reportaron el demostrar su hombría mediante el sexo con violencia, sino a través de encuentros sexuales consentidos (Promundo y Noos, 2002). Forzar a una pareja a tener relaciones sexuales era permitido sólo si la mujer o la chica en cuestión había aceptado ir a un motel u otro sitio en el cual el consentimiento para tener relaciones se consideraba implícito, y la mujer cambiaba de opinión después de llegar al lugar (Promundo y Noos 2002).

***Las investigaciones en diversos lugares también sugieren una naturaleza a veces oportunista de la conducta sexual de los hombres cuando se trata de violencia sexual, e igualmente, una mayor vulnerabilidad para ciertos grupos de mujeres.*** O sea que los hombres pueden tener mayores probabilidades de usar violencia sexual cuando y con quien ellos creen que se pueden salir con la suya, o cuando perciben que habrá pocas sanciones sociales o legales (o en efecto cuando dicha violencia es sancionada). En investigaciones formativas en la India, por ejemplo, los hombres reportaron que pueden ejercer violencia en contra de mujeres de castas inferiores y de la calle porque piensan que pueden hacerlo con impunidad (Verma et al. 2007). Esos grupos de niñas y mujeres que son especialmente vulnerables de ser víctimas de estos tipos "oportunistas" de violencia sexual con mayor frecuencia incluyen a mujeres que, de una forma u otra, están socialmente aisladas o excluidas, tales como las chicas que realizan trabajo doméstico de planta, chicas descuidadas, sin hogar o de la calle y mujeres que son percibidas como que no tienen protección masculina, niñas y mujeres con discapacidades, niñas y mujeres aborígenes, niñas y

mujeres emigrantes y refugiadas, niñas y mujeres que viven en lugares de conflicto y post- conflicto y mujeres que trabajan en profesiones mayoritariamente de hombres (ej. mineras, soldados) que están lejos de casa con esos hombres (Amnesty 2004; Abraham 1999; Save the Children Sewden 2004; Jewkes et al. 2005).

***El entendimiento de la violencia sexual es particularmente complicado en el contexto de las relaciones íntimas en las que las percepciones del consentimiento de las mujeres y el derecho de los hombres son a menudo confusos o no claros de parte de ambos, los hombres y las mujeres (y en muchas leyes nacionales).*** Un estudio con personas jóvenes en Nigeria encontró que ambos los hombres y las mujeres jóvenes creían que “una vez que una chica accede a ser la novia, ella debe estar disponible para tener relaciones sexuales” (Ajuwon 2005). De igual forma, las investigaciones han encontrado que las chicas pueden tolerar las relaciones sexuales sin consentimiento en las relaciones íntimas de pareja como una forma de compromiso y amor en la relación y/o por miedo de que si se negaban a las relaciones, la pareja perdería el interés (Sodhi y Verma 2003 & Word y Jewkes 1997 en Jejeebhoy y Bott 2005). Como se tratará dentro de poco, las normas sociales sobre roles de género y sexualidad en el contexto del matrimonio pueden a menudo también disminuir el “derecho” y la capacidad de una mujer de decirle que no a su marido. Mientras que el consentimiento es siempre un tema central en la definición de la violación, es un tema particularmente complejo en el contexto del matrimonio, donde “*sí acepto* ha sido históricamente considerado como un decreto de consentimiento permanente” (Yllo 1999). Tales creencias sobre el matrimonio y el consentimiento de una esposa a las relaciones sexuales existen en diferentes grados en distintos sitios. El estudio de la OMS de varios países citado arriba encontró que en varios sitios, por ejemplo, particularmente los provinciales, entre 10 y 20 por ciento de las mujeres sentían que una esposa no tenía derecho de negarle las relaciones sexuales a su marido, aunque ella no las quisiera, estuviera enferma, o si él estuviera borracho o la maltratará (OMS 2005).

***Hay también evidencia de alrededor del mundo de que el uso de la violencia sexual de parte de los hombres, específicamente en las relaciones íntimas, está asociado con otras formas de violencia interpersonal*** (Jewkes et al. 2006). Como se menciona arriba, de 30 a 56 por ciento de las mujeres en varios países han reportado haber experimentado violencia física y sexual de parte de una pareja íntima (OMS 2005). Un estudio en los EU de hombres (n=229) que habían usado violencia física o emocional en contra de sus parejas encontró que 53 por ciento habían también atacado sexualmente a su pareja cuando menos una vez y que estos hombres tenían mayores probabilidades de participar en actos severos de violencia (Bergen y Bukovec 2006). Igualmente, un estudio en Sudáfrica de hombres jóvenes (n=1,370) encontró que el uso previo de violencia contra una pareja íntima estaba fuertemente asociado con la violación de pareja y de no pareja (Jewkes et al. 2006). Estos hallazgos enfatizan cómo la violencia sexual es al fin una expresión de poder sobre las mujeres y a menudo puede formar parte de una constelación de conductas controladoras y violentas de parte de algunos hombres.

A pesar de la proliferación de las investigaciones sobre diversas formas de violencia del hombre contra la mujer, incluyendo hasta violencia física y psicológica, en el contexto del matrimonio, ***sigue habiendo una escasez de información sobre violencia sexual dentro del matrimonio*** (Yllo 1999; Bergen y Bukovec 2006). A la fecha, la mayor información en cuanto al comportamiento y las características de los esposos que usan violencia sexual contra sus esposas ha salido de estudios con mujeres que han experimentado la violación marital (Bergen y Bukovec 2006). Mientras que estos tipos de testimonios de las parejas pueden ayudar a ofrecer conocimientos importantes de las dinámicas de la violencia sexual en el matrimonio,



no son suficientes para entender las complejidades y los matices de por qué los hombres son abusivos sexualmente en el matrimonio (Bergen y Bukovec 2006).

Otros estudios con mujeres han proporcionado conocimientos sobre patrones comunes que rodean a la violencia sexual en el matrimonio. Como se menciona arriba, el estudio de varios países de la OMS sobre violencia contra la mujer ofreció un indicador del nivel en el que coexisten la violencia física y la sexual – el estudio encontró que en la mayoría de los lugares, entre el 30 y 56 por ciento de las mujeres que habían experimentado cualquier tipo de violencia de parte de una pareja íntima reportaron violencia física y sexual (OMS 2005). Además, un análisis de datos de la Encuesta Nacional de Victimización del Crimen en los Estados Unidos encontró que la violación en el matrimonio es a menudo un aspecto continuo de la relación (en vez de un suceso de una sola vez) y que las mujeres que experimentan la violación en el matrimonio tienen menores probabilidades de acudir a buscar ayuda que las mujeres que sufren de violación de parte de un conocido o un extraño (Mahoney 1999). Es muy probable que estos hallazgos sobre la naturaleza crónica de la violación marital y la baja búsqueda de ayuda entre las mujeres que la sufren sean verdaderos en otros diversos sitios también.

Finalmente, ***vale la pena subrayar la influencia de fuerzas más amplias, incluyendo la globalización y las estructuras familiares cambiantes, sobre el uso del hombre de la violencia sexual.*** Para los hombres en la mayoría de las culturas, el empleo y producir un ingreso son una parte integral de su identidad como hombres y, en particular, como esposos y cabezas de hogar. De manera creciente, sin embargo, para muchos hombres el empleo se ha vuelto cada vez más difícil y difícil de encontrar. Investigaciones en zonas rurales y urbanas de África oriental, por ejemplo, han encontrado que esta ***falta de poder económico que les impide a los hombres cumplir con sus roles masculinos como cabezas de hogar y proveedores puede llevar a un aumento en el uso de la violencia del hombre contra la mujer como una manera de compensar y reconfirmar su sentido de identidad masculina y su masculinidad*** (Silberschmidt 2001). De igual forma, algunos estudios han encontrado que los hombres emigrantes pueden a menudo experimentar “incompatibilidad de estatus” en sus nuevos entornos – o sea que pueden percibirse a sí mismos como las cabezas de hogar necesarias pero sus esposas pueden tener oportunidades de empleo iguales o mejores que ellos y/o las circunstancias económicas pueden requerir de un doble ingreso para el hogar (ver referencias en Abraham 1999). Como resultado de la frustración y desesperación de no poder realizar o sostener su papel como cabeza del hogar, estos hombres pueden también recurrir a la violencia contra sus esposas como una medida alternativa para afirmar su autoridad y control en el hogar. Además, algunos esposos emigrantes pueden también usar violencia en un intento de controlar la sexualidad de sus esposas en lo que ellos pueden percibir como culturas locales permisivas sexualmente (Abraham 1999).

## **CUADRO 7: Hombres, Masculinidades y Violación Infantil**

La violación de niños y mujeres y hombres jóvenes menores de 18 años – también conocida como violación infantil – se atribuye generalmente a “otros” desviados (ECPAT nd; Jewker et al. 2005): hombres que están perturbados psicopatológicamente, “degenerados”, “pervertidos” y alcohólicos. Aún así, las estadísticas y la escala del problema indican que “la violación infantil no es una actividad al margen de un pequeño número de hombres perturbados psicológicamente o (hombres que podrían ser diagnosticados clínicamente como)

pederastas” sino que hay importantes factores sociales subyacentes “que si no legitiman, cuando menos ofrecen un espacio para estas actividades” (Jewkes et al. 2005). En particular, las complejas dinámicas de poder, estatus y socialización de género rara vez se incluyen en los análisis del tema ni tampoco las maneras en que estas fuerzas se cruzan con la psicología individual y los valores estructurales tales como la pobreza para crear condiciones de riesgo para la violación infantil. Un estudio cualitativo realizado en Namibia y Sudáfrica encontró que las jerarquías por género y por edad hacían a las niñas particularmente vulnerables a la violación; el elevado estatus de los hombres en la comunidad reducía la capacidad de las niñas de rechazar las insinuaciones sexuales y perpetuaban las expectativas del control masculino sobre las mujeres y niñas. (Jewkes et al 2005).

El mismo estudio encontró que aunque la mayoría de la gente encontraba la idea de que un hombre adulto deseara a un(a) niño(a) era impensable, las niñas adolescentes no eran consideradas como niñas con respecto a esto y sus cuerpos eran vistos como “muy sensuales y un objeto ‘natural’ del deseo del hombre” (Jewkes et al. 2005). Además, había una percepción de que el deseo sexual de los hombres era incontrolable, particularmente cuando era ‘provocado’ por niñas y mujeres, siendo un ejemplo común el que las niñas y las mujeres se vistieran de manera considerada provocativa sexualmente. Los entrevistados (que incluían hombres adultos y mujeres y niñas) pensaban que “las chicas deben conocer estos peligros” y evitarlos – en efecto, transfiriendo la responsabilidad de controlar los deseos sexuales de los hombres, y cualquier acto de acoso o violación resultante, a las niñas y las mujeres (Jewkes et al. 2005). En efecto, las investigaciones en Namibia y Sudáfrica encontraron también esta feminización de la culpa de la violación – además de culpar a las chicas mismas, como se describe arriba, los entrevistados señalaban la ausencia materna y el descuido como un factor primario detrás de los incidentes de violación. Es interesante, sin embargo, que ninguno de los entrevistados mencionó el tema de la ausencia o presencia paterna como un factor de riesgo en el abuso infantil, ni la idea de los padres como protectores de sus hijas, ni como ejemplos de sus hijos (Jewkes et al. 2005).

Algunos de los entrevistados explicaron también que un hombre puede tener relaciones sexuales con un(a) niño(a) cuando es incitado por mujeres adultas o cuando él normalmente prefiere las relaciones sexuales con una mujer adulta por la “conveniencia” de los niños ya que ellos eran o muy jóvenes para hablar, o podían ser ‘sobornados para no hablar’, por hombres que sólo querían “satisfacerse”. Es así que el abuso infantil a menudo parecía suceder “no porque al abusador la atraían los niños en un sentido clásico, sino sólo porque en ese momento estaban disponibles, y un adulto con consentimiento no lo estaba” (Jewkes et al. 2005).

## **Cuadro 8: Matrimonio forzado y temprano: una forma justificada de violencia sexual**

Alrededor del mundo, el matrimonio temprano y forzado probablemente representa la forma más predominante y justificada de explotación y violencia sexual contra niñas y jóvenes (Forum on Marriage 2001). El matrimonio temprano se define como el que tiene lugar antes de que una niña llegue a la edad adulta, conocida comúnmente como los 18 años, aunque algunos países pueden reconocer la adultez a una edad más temprana (Forum on Marriage 2001). El matrimonio temprano existe en todas las regiones, pero es más pronunciado en el sur de Asia y en África occidental (Haberland et al. 2005). En Bangladesh, India, Mali y Nepal, cuando menos la mitad de las mujeres de entre 20 y 24 años estaban ya casadas a la edad de 18 años, de acuerdo con datos de la Encuesta de Demografía y Salud. En algunas regiones de Bangladesh, Etiopía, India y Nigeria, cuando menos el 40 por ciento de estas mujeres se casaron antes de los 15 años (Haberland et al. 2005).

En el arreglo de los matrimonios tempranos, a menudo hay un elemento de coerción involucrado: por una variedad de motivos culturales y socioeconómicos, los padres, tutores o las familias pueden presionar o forzar a las niñas y jóvenes al matrimonio (IPPF 2006). El matrimonio forzado a menudo trae consigo la iniciación sexual forzada y/o continuas experiencias sexuales no deseadas para las niñas y jóvenes. El estudio de la OMS de varios países sobre las mujeres y la violencia encontró que en algunos países (notablemente en Bangladesh y Etiopía) los altos niveles de primeras relaciones sexuales forzadas estaban por lo general relacionados con una iniciación sexual temprana en el contexto del matrimonio temprano, en vez de con violencia de parte de conocidos o extraños (OMS 2005). Hay también numerosos estudios que han demostrado que las chicas adolescentes casadas son especialmente vulnerables a la violencia sexual dentro del matrimonio (Jejeebhoy y Bott 2005). Debido a las normas culturales sobre la sexualidad de la mujer, a las niñas y jóvenes a menudo se les mantiene desinformadas y sin preparación para la vida sexual y así incapaces de comunicarse o negociar con sus parejas acerca de sus preocupaciones y deseos sexuales. Más aún, las niñas y jóvenes socializan creyendo que es su deber como esposas aceptar los acercamientos sexuales de sus esposos, aunque estos sean no deseados o forzados (Jejeebhoy y Bott 2005). Un estudio entre 1,664 jóvenes casadas en Gujarat y Bengala occidental, India, encontró que 12 por ciento de las jóvenes casadas experimentaban con frecuencia relaciones sexuales no deseadas y el 32 por ciento las experimentaban ocasionalmente. El riesgo de experimentar relaciones no deseadas era más bajo entre mujeres que conocían a su esposo bastante bien al momento del matrimonio, recibían regularmente el apoyo de su esposo en los conflictos con otros miembros de la familia o vivían en hogares con una mejor situación económica (Santhya 2007).

## Qué factores están ligados al uso de los hombres de la violencia sexual?

***Las investigaciones, principalmente en los EU y con estudiantes universitarios y agresores sexuales, han encontrado fuertes vínculos entre las actitudes hostiles y violentas de los hombres hacia las mujeres y su uso de la agresión y la coerción sexual*** (Carr 2002). Un análisis de 39 estudios, la mayoría de los cuales fueron con hombres universitarios de clase media en los EU, encontró que, de diferentes mediciones de ideología masculina, aquellos conceptos de "masculinidad hostil" e "hiper-masculinidad" que incluían la aceptación de la agresión contra las mujeres y creencias negativas y hostiles sobre las mujeres, tenían las mayores asociaciones con agresión sexual (Murnen 2002). Otras mediciones, incluyendo aquéllas de adherencia general a los roles de género (ej. los hombres deben ser dominantes y autosuficientes) no eran fuertes pronosticadoras de agresividad sexual. La conclusión del análisis fue que las mayores dimensiones de efectos fueron mediciones que combinaban diversos aspectos de la ideología masculina, incluyendo la aceptación de la violencia en las relaciones, creencias de que las mujeres merecen la violencia y es el lugar del hombre ser dominante (ej. dominio/ideología de poder)». Según el grado en que los hombres tenían estos tipos de actitudes y creencias, tenían más probabilidades de reportar agresividad sexual.

De igual forma, un pequeño estudio de investigación realizado con 30 hombres jóvenes en Canadá que eran miembros de pandillas o pertenecían a grupos de pares violentos encontró también que aquellos jóvenes que se adherían rígidamente a un modelo patriarcal autoritario de familia y género (como lo indica la adherencia a creencias familiares patriarcales y actitudes que apoyan el abuso físico de la novia) eran los que tenían mayores probabilidades de utilizar las formas más severas de violencia, y de usar las tres formas de abuso contra sus novias (físico, sexual y emocional) (Totten 2003). Otro pequeño estudio realizado con 60 estudiantes universitarios en Zimbabwe encontró una relación significativa entre el sexismo hostil y la proclividad a la violación para la violación por conocidos, pero no por extraños, sugiriendo que los hombres con creencias sexistas hostiles tienen más probabilidades de expresar su hostilidad hacia las mujeres con quienes tienen relaciones íntimas donde tal comportamiento podría ser percibido como aceptable debido a normas sociales y culturales acerca de los roles de los hombres y las mujeres en las relaciones (Viki 2006). Otros estudios que observaron específicamente el acoso sexual también encontraron asociaciones significativas entre el sexismo hostil y la probabilidad de ejercer el acoso sexual y la tolerancia al acoso sexual (Begany 2002; Russell 2004). Es interesante que uno de estos estudios incluyó a hombres y mujeres entrevistados y encontró que las actitudes sexistas hostiles eran más pronosticadoras de la tolerancia al acoso sexual que el sexo de la persona entrevistada (Russell 2004).

***Otros factores que se han asociado con el uso del hombre de la violencia sexual contra la mujer son el número de parejas sexuales y el consumo de alcohol***, como se encontró en investigaciones de Norteamérica, Sudáfrica y la India (Jewkes et al. 2006). Se ha sugerido que los hombres que otorgan un relativamente alto énfasis a la conquista sexual, particularmente aquéllos que perciben la conquista sexual como una fuente de estatus entre pares y autoestima y pueden tener muchas parejas, pueden usar diversos medios, incluyendo la coerción, para inducir a las chicas y mujeres a la relación sexual (Malamuth et al. 1991 in Jewkes et al. 2006). Igualmente, el uso del alcohol a menudo es visto como una señal de hombría y puede ser una característica prominente en las relaciones sociales y sexuales de los hombres. Las investigaciones han encontrado que la relación entre el alcohol y la violación es multifacético, y que el alcohol puede ser ambos, un precipitante y una excusa del

comportamiento sexualmente agresivo de los hombres – aunque no debe considerarse en sí mismo como la causa subyacente de la agresión sexual (Carr 2004; Jewkes et al. 2005). En un estudio con 99 hombres universitarios en los EU, 15 por ciento de ellos reconocieron utilizar alguna forma de coerción sexual relacionada con el alcohol, 35 por ciento reportaron que sus amigos aprobaban el emborrachar a una mujer para tener relaciones sexuales con ella (Carr 2004). Un estudio con hombres jóvenes rurales sudafricanos también encontró que las violaciones de pareja y de no pareja estaban asociadas con el consumo abundante de alcohol (Jewkes et al. 2006).

Ha habido también un número de estudios que han explorado las posibles asociaciones entre el uso de los hombres de la pornografía y su uso de la violencia sexual. Algunas formas de pornografía promueven imágenes de sexo no consentido con mujeres (y algunas veces con otros hombres y con niños) y la hipótesis es que estas imágenes pueden contribuir a actitudes sociales a tales comportamientos, así como la tendencia de los hombres a practicar dichas conductas. En efecto, algunos estudios han encontrado una asociación entre el ver pornografía y los puntos de vista misóginos y actitudes negativas acerca de las relaciones íntimas (Simmons et al. 2008). ***Evidencia considerable de contextos específicos (principalmente en los EU) muestra que los hombres que ven pornografía tienen más probabilidades de ser sexualmente agresivos que los hombres que no lo hacen, aunque está todavía por establecerse firmemente una relación causal directa entre la pornografía y la violencia contra las mujeres*** (Simmons et al. 2008). Hay también investigaciones de los EU que muestran que los hombres que usan violencia física contra sus parejas y también consumen productos de la industria del sexo son más controladores y usan más violencia sexual que los hombres que usan violencia sexual pero no consumen productos de la industria del sexo (Simmons et al. 2008).

***Como en el caso del uso de los hombres del trabajo sexual, hay también evidencia de que los hombres que cometen violencia sexual generalmente cometen su primer acto de violencia durante la adolescencia.*** Datos disponibles (principalmente de Norteamérica) indican que una proporción significativa de ofensas sexuales masculinas son cometidas por personas menores de 18 años y que aproximadamente el 25 por ciento de los agresores sexuales adultos reportan que su primera agresión sexual ocurrió durante la adolescencia (citado en Messerschmidt 2000). Igualmente, el estudio con hombres jóvenes rurales en Sudáfrica también encontró que, entre aquéllos que habían reportado haber violado a una pareja o no pareja, la edad promedio de la primera violación perpetrada era de 17 años (Jewkes 2006).

***Finalmente, numerosos estudios han explorado también la conexión entre factores de riesgo temprano, incluyendo la exposición a la violencia doméstica durante la infancia y el abuso físico y sexual en la infancia, y el uso de violencia sexual de parte de los hombres*** (Carr 2002). La evidencia, sin embargo, aún no es concluyente. Por ejemplo, mientras hay investigaciones que han encontrado una asociación entre el presenciar la violencia doméstica perpetrada por el padre y el uso

8 El mismo análisis encontró que la aceptación del mito de la violación no mostró una asociación tan fuerte con la agresividad sexual como se esperaba. Se han hecho hipótesis de que las actitudes y creencias que apoyan la violación crean el potencial de la violación que es reforzado por factores de personalidad y experiencias sexuales tempranas (Berkowitz 1992 en Carr 2004). Como medida, la aceptación del mito de la violación ha sido de gran interés para los investigadores como se indica por el hecho de que más de la mitad de los estudios acumulados para el análisis examinaron la asociación entre la aceptación del mito de la violación y la agresividad sexual. Aunque la escala mide conceptos erróneos acerca de la violación que en cambio pueden servir para justificar la violación, no les pregunta a los hombres acerca de sus actitudes hostiles hacia las mujeres o sus creencias de que el sexo debe usarse para dominar a las mujeres las que, como se encontró en el análisis, tienen las asociaciones más marcadas con el uso de los hombres de la agresividad sexual (Murnen 2002).

de la agresión sexual (Ouimette y Riggs 1998), hay también investigaciones que han encontrado únicamente una asociación con el uso de agresión física (Carr 2002). De igual forma, hay investigaciones que han encontrado asociaciones entre la experiencia de abuso en la infancia y el uso de agresión sexual (Widom 1989 in Carr 2002; Jewkes 2006) y otras investigaciones que no han encontrado una correlación significativa entre los dos (Carr 2002; Foubert 2000 en Carr 2004).

## **CUADRO 9: ¿Está Involucrada la Biología? Los Posibles Vínculos entre la Genética y la Violencia Sexual**

Durante la última década ha habido un creciente interés en el posible rol de la genética o de la biología en el ejercicio de la violencia por parte de hombres y jóvenes varones, incluyendo en relación a la violencia sexual y, particularmente en la interacción entre el ambiente (factores sociales) y la genética (factores biológicos asociados a la violencia). En términos generales, un cuerpo importante de investigaciones han examinado las bases biológicas o genéticas de la violencia, con resultados que sugieren una compleja relación bi-direccional. Por ejemplo, niveles altos de testosterona (encontrada en hombres y mujeres, pero generalmente en cantidades mayores en los hombres) han sido vinculados con tasas más altas de agresión en hombres y niños, pero los resultados son relativamente inconclusos y bidireccionales (Renfrew, 1997; Kimmel, 2000). A lo sumo, la testosterona puede actuar como un gatillo para tendencias agresivas ya existentes. Además, el stress, la violencia y sentimientos de dominación pueden causar que los niveles de testosterona suban, confirmando que los factores biológicos en comportamientos agresivos reaccionan al entorno social. En suma, la investigación sugiere que, a lo sumo, la testosterona puede detonar tendencias violentas o agresivas que ya existen en un individuo y que, por su parte, el ejercicio de la violencia lleva a aumentar los niveles de testosterona.

Investigaciones sobre el cerebro que examinan diferencias entre hombres y mujeres en relación a los estilos de comunicación y razonamiento, incluyendo rasgos o deficiencias que puedan estar asociados con la agresión y la violencia, han llegado a conclusiones similares. Una gran parte de estas investigaciones sugieren que hay más diferencias a lo interno de cada sexo que diferencias agregadas entre sexos (Kimmel, 2000). Además, la mayoría de los investigadores concluyen que incluso si hay bases biológicas o genéticas para la agresión y la violencia en los hombres, incluyendo violencia sexual, esta propensidad es meditada a través del entorno social y a través de funciones cognitivas superiores. Algunas investigaciones sobre el cerebro confirman que las funciones de la neocorteza y de otras estructuras del cerebro están involucradas en la reducción de la agresión (Renfrew, 1997), brindando más bases neurológicas para confirmar lo que ya ha sido confirmado a través de la psicología, esto es que los humanos pueden controlar sus tendencias agresivas a través de niveles cognitivos superiores (lo que los psicólogos llaman subjetividad).

En el área de la perpetración de violaciones, las áreas en las que los factores genéticos son plausibles de ser relevantes, son los genes que gobiernan las hormonas y los neurotransmisores. Investigaciones en ratones y en humanos ha demostrado que deficiencias genéticas en monoaminas oxidase A (MAOA), están vinculadas a la agresión. Estudios con humanos confirman que estas

deficiencias genéticas interactúan con condiciones sociales – individuos más proclives a mostrar comportamientos violentos son aquellos que tienen una deficiencia genética del MAOA y han sido sujetos de abuso y violencia cuando niños (Jewkes, 2008).

En conclusión, lo que las investigaciones basadas en la biología sugieren es que los comportamientos humanos complejos, incluyendo la violencia, son invariablemente multicausales y que cualquier propensión o predisposición biológica hacia la violencia o la agresión en los hombres, incluyendo la violencia sexual, son mediadas por el contexto social y otros factores individuales.

## **Cómo contribuye la pobreza al uso del hombre de la violencia sexual?**

Como se menciona anteriormente, algunas investigaciones sugieren que los hombres de bajos recursos – el estar desempleado o subempleado, negando así la oportunidad de lograr una masculinidad “exitosa” – pueden tener más probabilidades de compensar esta pérdida percibida de la “hombria” teniendo más parejas sexuales, o usando la violencia, quizás incluyendo la violencia sexual (ver, por ejemplo, Silberschmidt 2001). Por otro lado, también hay investigaciones (aunque limitadas) que sugieren lo contrario; o sea que los hombres más “aventajados” socialmente tienen más probabilidades de usar violencia sexual contra las mujeres. El estudio con hombres jóvenes rurales en Sudáfrica encontró que los hombres más “aventajados”, definidos a través de la educación materna, el poder adquisitivo y la riqueza, tenían más probabilidades de haber violado, particularmente a no parejas. Hay hallazgos similares de la India en los que los hombres con mayor educación y estatus socioeconómico tenían también más probabilidades de tener relaciones sexuales forzadas con parejas íntimas (Duvvury et al. 2002 en Jewkes et al. 2006). Estos ejemplos de asociaciones entre estatus socioeconómico más alto y el uso de violencia sexual, aunque no son concluyentes, concuerdan con un análisis de la violación como una expresión masculina de poder y derechos sobre la mujer, porque los hombres que son más “aventajados” pueden sentirse más poderosos y con más derechos sobre la relación sexual. Mientras que **las investigaciones no son claras acerca del impacto de la pobreza en el uso del hombre de la violencia sexual, sí es claro que la pobreza aumenta la vulnerabilidad de las niñas y mujeres al tráfico y la explotación sexual** (Jewkes et al. 2005). Las mujeres jóvenes y adultas que viven en la pobreza pueden ser forzadas a participar en relaciones sexuales transaccionales como una estrategia de supervivencia y las familias que viven en la pobreza pueden verse forzadas a vender a sus hijos(as) a ciertas formas de trabajo, tales como el trabajo doméstico, lo que a cambio puede dejar a estos(as) niños(as) vulnerables a la explotación sexual y la violencia sexual.

## **Qué hay de la violencia sexual en las escuelas?**

Muchas niñas y mujeres jóvenes experimentan incidentes de violencia sexual y acoso en el entorno escolar, perpetrado por ambos, las figuras de autoridad como los maestros y administradores, así como los compañeros varones (Leach y Mitchell 2006). Aunque aún faltan datos acerca de la incidencia de este tipo de violencia sexual, ha habido una creciente atención a este problema en años recientes, particularmente en el contexto de África (Leach y Mitchell 2006). Unos estudios han encontrado que **en algunos contextos, particularmente en algunas partes de África subsahariana,**

***la violencia sexual contra las niñas en la escuela a menudo es minimizada o normalizada por los alumnos y estudiantes porque es algo tan cotidiano y porque va conforme a las normas de género locales*** (Leach y Mitchell 2006). En efecto, puede haber una presión significativa de los pares entre los niños y jóvenes para participar en el acoso sexual de sus pares mujeres, como demostración de su masculinidad (Morrell y Makhaye 2006). Esto puede ser particularmente cierto para estudiantes varones cuyos comportamientos se perciben como de alguna manera diferentes de la norma y quienes pueden ejercer ciertas conductas heterosexuales o “masculinas”, tales como el acoso o la violencia, para evitar ser etiquetados como débiles o gay (Meyer 2006).

## **CUADRO 10: HOMBRES, MASCULINIDADES Y VIOLENCIA SEXUAL EN SUDÁFRICA**

Sudáfrica tiene una de las tasas más altas de violación en el mundo y las razones de esto han sido el punto focal de muchas discusiones y debates. Como con la violencia sexual en cualquier contexto, no hay un solo factor detrás de las tasas en Sudáfrica, sino más bien una combinación de factores, incluyendo aspectos socioeconómicos, culturales e históricos de la sociedad sudafricana, así como la interacción de éstos con psicopatologías individuales. Entre estos factores, sin embargo, el género y las relaciones de género juegan un papel prominente. Un investigador, de hecho, ha descrito las raíces del problema como el contraste “entre la expectativa masculina y los intentos por controlar a las mujeres y la resistencia de las mujeres a esto” (Jewkes 2005). Además, en el contexto sudafricano del desempleo extremo y las inequidades sociales, a los hombres les es “negado el acceso a una prescrita e indiscutida fuente de poder” y algunos pueden tratar de resolver esto a través de “actos extremos de masculinidad ejercida” tales como la violencia sexual (Jewkes 2005).

Otras influencias que pueden promover los altos niveles de violencia sexual incluyen la cosificación del sexo en el contexto de la pobreza, claramente no exclusiva de Sudáfrica. Investigaciones cualitativas en Sudáfrica han encontrado que las inequidades socioeconómicas contribuían a las actitudes que apoyan la violación entre aquellos chicos que no eran vistos como parejas adecuadas porque no tenían dinero (Petersen et al. 2005). Éste es un ejemplo claro de cómo factores estructurales tales como la pobreza interactúan con normas de género prevalecientes y expectativas sociales de lo que los hombres deben hacer o lograr para ser reconocidos socialmente como hombres.



## IV. HOMBRES, MASCULINIDADES Y VIOLENCIA SEXUAL EN EL CONTEXTO DE LA GUERRA Y EL CONFLICTO

---

A pesar de la significativa atención prestada a la extensa violación de mujeres durante las guerras en Bosnia, Ruanda y el Congo, la violación en tiempos de guerra nunca ha estado limitada a una época o parte del mundo en particular. Sin embargo, a menudo se ha “caracterizado mal y descartado por parte de los líderes militares y políticos como un crimen privado o un acto sexual, la conducta innoble de soldados ocasionales o, peor aún, ha sido aceptada precisamente porque es tan común” (Thomas y Ralph 1994). De hecho, ***la violación se ha usado histórica y rutinariamente como una estrategia o arma de guerra***, cometida intencionalmente por hombres específicos contra mujeres específicas (y hombres) – especialmente mujeres (y hombres) “enemigos”. Martin van Creveld llega hasta a afirmar que “proteger a las mujeres contra la violación ha sido siempre una de las razones más importantes por las que los hombres han peleado” y que, debido a que la violación de mujeres enemigas se usa para demostrar simbólicamente la victoria sobre los hombres enemigos que fracasaron protegiendo a “sus” mujeres, “la violación es de lo que se trata la guerra” (citado en Alison 2007).

En una discusión de masculinidades y violencia sexual en el contexto de la guerra y el conflicto, es necesario empezar con una breve reflexión sobre las percepciones de las masculinidades y las conductas sexuales en relación con los militares o las fuerzas armadas. Las ideas sobre las culturas hiper-masculinas entre los militares y el grado en que estas culturas sirven como excusa o tolerancia de conductas extremas tales como la explotación sexual y el abuso son evidentes en actitudes tales como “Qué crees que va a pasar cuando tienes a miles de hombres lejos de sus hogares?” o “Los chicos serán chicos” (Martin 2005). Sin embargo, como se ha tratado a través de este documento y como es cada vez más reconocido en el contexto de los militares y el conflicto, la explotación sexual y la violencia sexual son “principalmente problemas de abuso y poder” e ideas rígidas de los roles de género, y “sólo problemas secundarios de conducta sexual” (Martin 2005). Además, aunque la violencia sexual de parte de los soldados es a menudo atribuida a masculinidades “militares”, no es necesario separar a estos hombres de sus entornos sociales más amplios para entender sus conductas violentas – en efecto, es posible identificar similitudes entre la conducta de estos hombres a través de distintos entornos así como entre hombres militares y no militares (Higate 2007). Como se trata abajo, la intersección de género con contextos etno-nacionales y socioeconómicos puede ofrecer explicaciones más completas y persuasivas de la violencia sexual en sitios de conflicto, en efecto, que aquéllas estrechamente basadas en “como son” los militares (Alison 2007; Higate 2007). Además, puede ser interesante presentar lo contrario – o sea, “cómo podríamos explicar los militares – aún aquéllos asociados con los elementos más extremos de la hiper-masculinidad en las fuerzas de combate – que nunca han estado involucrados en la explotación sexual de otros?” (Higate 2007).

***El conflicto y la guerra pueden traer consigo cambios drásticos en las maneras socialmente aceptables de ser hombre*** (Tosh 2004 en Alison 2007). En particular, ejercer la violencia sexual – cuando menos contra el ‘enemigo’ – puede ser visto como una característica aceptable de las masculinidades militarizadas (Alison 2007). Debido a que los soldados tienen que luchar continuamente con sentimientos de miedo e impotencia, por ejemplo, la violación puede ser entendida como un medio para ayudarles a recobrar sus sensaciones de poder y control (Wesemann nd).

Además, **la violación puede ser usada como una estrategia de guerra para subyugar e infligir vergüenza sobre el "conquistado" – no sólo individuos sino también familias y comunidades** (Thomas y Ralph 1994). Debido a que los hombres, las familias y comunidades a través de muchas culturas diferentes a menudo se definen a sí mismas como relativas a su capacidad de proteger y controlar la sexualidad de las mujeres, la violación de una mujer individual puede simbolizar un asalto contra toda su familia y su comunidad (Thomas y Ralph 1994). Debido al papel biológico y social que juegan las mujeres en la continuación de los grupos nacionales, étnicos y culturales, éstas pueden ser vistas como objetivos simbólicos y estratégicos en los intentos de destruir o dominar a un grupo particular (Alison 2007). En este sentido, la violación de mujeres en tiempos de guerra y conflicto puede también interpretarse como una "medida de victoria" y un vehículo de comunicación entre masculinidades dominantes y subordinadas y nacionalidades (o etnicidades, religiones, etc.) (Alison 2007). Durante el conflicto serbio-albanés por Kosovo, por ejemplo, las leyes serbias hacían de la violación "nacionalista" (violencia sexual cometida cruzando las líneas nacionales) una ofensa más severa que la violación "ordinaria" (cometida dentro de las líneas nacionales). O sea que era una mayor ofensa que un hombre violara a una mujer de diferente nacionalidad (ej. que un albanés violara a una mujer serbia o que un hombre serbio violara a una mujer albanesa) que violar a una mujer de la misma nacionalidad. Este discurso sobre la violación "nacionalista" transformó a las mujeres en emblemas del honor nacional masculino, y esencialmente reforzó la idea de que la violación de las mujeres puede servir como un medio para que los hombres afirmen la superioridad de una identidad nacional sobre otra (Alison 2007; Bracewell 2000). Esta cosificación de las mujeres como símbolos de "territorio conquistado" es también evidente en casos en los que los esposos y padres han sido forzados a observar mientras sus esposas e hijas son violadas (Alcaraz y Suarez 2006; Dolan 2002).

**Es también importante reconocer que la violencia sexual de hombre a hombre en tiempos de guerra es no menos inducida por el género que la violencia de hombre a mujer** (Alison 2007). En la última década, la violencia sexual contra hombres y niños – incluyendo la violación, tortura sexual, mutilación genital, humillación sexual, esclavitud sexual, el incesto forzado y la violación forzada – se ha reportado en 25 conflictos armados alrededor del mundo (Human Security Centre 2005 en Russell nd). Como con la violencia sexual contra la mujer, la violencia sexual tiene sus raíces en el poder y la humillación y es un mecanismo por el cual los hombres son colocados o mantenidos en una posición subordinada a otros hombres y en esencia puede ser descrita como un acto que "refuerza la masculinidad del perpetrador a través de debilitar la de la víctima" (Dolan 2002; Russel nd). Los propósitos de la violencia sexual contra hombres y niños pueden ir desde la tortura, la iniciación e integración a fuerzas armadas hasta una estrategia de aterrar, desmoralizar y destruir familias y comunidades (Russel nd). En las guerras civiles en Liberia y Sierra Leona, el reclutamiento forzado de muchachos era común y las fuerzas armadas usaban la violencia sexual para brutalizar a los reclutas y romper los lazos entre familias; por ejemplo, los conscriptos (a menudo niños combatientes) eran forzados a violar a sus madres y hermanas (Martin 2005). En Bosnia, hubo casos de prisioneros que fueron forzados a violar a otros prisioneros (Bassiouni 1994 en Carpenter 2006). Las investigaciones han encontrado también que la violación de hombres, aunque menos común que la violación de mujeres, tiene un nivel aún mayor de estigma – tan es así que es muy difícil para las víctimas varones hablar del tema. En palabras de un entrevistado en una investigación en Uganda, 'cuando un hombre es violado se le quita su hombría' (ACORD 2000 en Dolan 2002). A menudo también es difícil para la sociedad en general reconocer la violencia sexual contra hombres como tal – por ejemplo, los reportes de mutilación sexual de hombres en campos de concentración

en Bosnia fueron enjuiciados como tortura y trato degradante en vez de cómo violencia sexual (Jones y del Zotto 2002 en Carpenter 2006).

***Dentro de la discusión de la violencia sexual durante el conflicto, es también importante considerar el mayor riesgo de violencia sexual en contextos posteriores al conflicto y la mayor vulnerabilidad que trae el quebrantamiento de las estructuras sociales, de las familias a la policía.*** Existe, por ejemplo, documentación significativa de la explotación de niñas y mujeres de parte de los guardianes de la paz (y también investigación emergente sobre los trabajadores humanitarios) en ambientes posteriores al conflicto, más comúnmente a través del intercambio de comida por sexo u otros recursos (Higate 2007; Martin 2005). Es interesante que ***investigaciones con guardianes de la paz y otros en la RDC y Sierra Leona encontraron que estas relaciones o intercambios se enmarcan como situaciones en las que las mujeres y niñas “explotaban” las “necesidades biológicas” de los hombres a cambio de bienes o servicios.*** Esta reconfiguración de las relaciones tradicionales de poder de género es un indicador del grado en que las vulnerabilidades de las niñas y mujeres en estas situaciones son totalmente ignoradas (Higate 2007).

***En sitios en conflicto y después del conflicto, las niñas y mujeres en campos de refugiados son particularmente vulnerables a la explotación sexual y la violencia sexual.*** Por un lado, pueden ser forzadas a tener relaciones sexuales con hombres, incluyendo soldados y guardianes de la paz, por falta de oportunidades de subsistencia o con fines de seguridad (Oyaro 2008). Hay también evidencia de lugares tales como los campos en el norte de Uganda de que las mujeres pueden ser presionadas a tener relaciones sexuales por una demanda (principalmente de parte de sus maridos y líderes comunitarios) de “reemplazar” a los niños que murieron en el conflicto (Oyaro 2008). La violencia sexual puede también ser vista como una manifestación de una sensación de desesperación que pueden sentir los hombres que están viviendo en campos de refugiados. Hombres jóvenes de Somalia refugiados, entrevistados en campos en Kenia, por ejemplo, dijeron que usaban violencia sexual contra las mujeres porque no podían casarse. Éste es un problema serio en grupos culturales en los que la actividad sexual premarital es muy sancionada y el matrimonio es retrasado porque los hombres jóvenes no pueden lograr las condiciones para casarse en los campos de refugiados (Sommers 2001).

***Finalmente, se sabe muy poco de la violencia sexual entre hombres en la milicia alrededor de mundo.*** Uno de los pocos estudios existentes sobre el tema es uno reciente realizado entre hombres en la milicia en Corea del Sur (Kwon 2007). El estudio encontró que la violencia sexual era cometida principalmente por soldados de alto rango contra aquéllos de bajo rango, imitando mucho los temas comunes de poder, control y jerarquía involucrados en el uso de la violencia sexual de hombres contra las mujeres. Sin embargo, aunque el grado y la frecuencia de la violencia sexual de hombre a hombre en el ejército parecían ser serios, los soldados tendían a minimizar el problema, a menudo hasta criticando o ignorando a las víctimas (Kwon 2007). Este tipo de respuesta es un ejemplo del silencio y la negación que a menudo rodea al uso de la violencia sexual de hombre a hombre, como se tratará en la siguiente sección.

## V. MASCULINIDADES Y EL USO DE LA VIOLENCIA SEXUAL CONTRA NIÑOS Y HOMBRES

---

Como se trató anteriormente en el contexto de la guerra y el conflicto, ***la violencia sexual contra los hombres y niños es no menos un problema de género que la violencia sexual contra mujeres y niñas*** (Alison 2007). Hay un consenso en la literatura sobre violación masculina del Reino Unido y los EU de que la victimización sexual de los hombres es un problema serio pero generalmente 'invisible' y hay alguna evidencia de que los hombres reportan haber sido víctimas aún menos que las mujeres (Isely 1998; Pino y Meier, 1999 en Doherty y Anderson 2004). En efecto, aunque las mujeres son víctimas de violencia sexual mucho más frecuentemente que los hombres, la mayoría de los expertos creen que en las estadísticas oficiales están muy sub-representados los números de hombres víctimas de violación y que los hombres tienen menores probabilidades de reportar una violación (de parte de un hombre) que las mujeres (Doherty y Anderson 2004; Pino y Meier 1999; OMS 2002). Hay una variedad de razones por las que la violación masculina se reporta poco, incluyendo vergüenza, culpa, miedo de que no se les crea o de ser denunciados por lo ocurrido, y fuertes prejuicios que rodean a la sexualidad masculina que desalientan a los hombres a denunciar (Doherty y Anderson 2004; Pino & Meier, 1999; OMS 2002). Algunos hombres víctimas pueden permanecer en silencio en vez de arriesgarse a ser etiquetados como 'homosexual de closet', bisexual, o por miedo de ser ridiculizado como débil o inadecuado (Scarce 1997; Ussher 1997; West 2000 en Doherty y Anderson 2004). La estigmatización social que pueden experimentar las víctimas de violación masculina se ha descrito como una forma de 'victimización secundaria' y se ha asociado con la escasez de reportes de estas violaciones (Williams 1984 en Doherty y Anderson 2004). En efecto, esta estigmatización social de las víctimas de violación masculina está directamente ligada a percepciones de género, masculinidad y sexualidad. Un estudio con hombres y mujeres universitarios en el Reino Unido (n=60), por ejemplo, encontró que los hombres víctimas de violación identificados como heterosexuales tenían más probabilidades de ser tratados más amablemente que las víctimas mujeres o los hombres víctimas identificados como homosexuales – o sea que el acto de violación es identificado como peor para hombres 'heterosexuales' porque es visto como que se desvía de su práctica heterosexual normal. Este hallazgo subraya cómo la violación es a menudo (erróneamente) entendida como primordialmente un acto sexual (Doherty y Anderson 2004). Los entrevistados en el mismo estudio también describieron cómo los hombres víctimas a menudo son percibidos como menos masculinos, ya que las expectativas culturales asocian la masculinidad con fuerza, autonomía y agresividad sexual; un hombre "varonil", por lo tanto, no se hubiera "permitido" ser víctima (Connell 1995 en Doherty y Anderson 2004). Igualmente, algunos jóvenes en un estudio en Perú expresaron la idea de que si un niño u hombre es violado por otro hombre, corre el riesgo de "perder su masculinidad y volverse homosexual" (Cáceres 2005).

***Finalmente, contrario a la creencia popular de que son generalmente los hombres homosexuales quienes cometen violencia sexual de hombre a hombre, los perpetradores de los ataques sexuales a hombres son en su mayoría hombres que se identifican como heterosexuales.*** Como con la violación de niñas y mujeres, la violación de hombres y niños es generalmente un acto de poder con la intención de reforzar el estatus dominante del perpetrador. La violación de hombres en particular puede también tener la función de negar la masculinidad de la víctima y afirmar la masculinidad del perpetrador (Gear 2007).

En este contexto, aquellos hombres percibidos ya como sin poder, como los niños, adolescentes y hombres en instituciones y con discapacidades, son a menudo los más vulnerables a la violencia sexual (Michigan Resource Center on Domestic and Sexual Violence nd).

## **CUADRO 11: ABUSO SEXUAL DE NIÑOS Y HOMBRES EN PRISIÓN**

La violencia sexual en la prisión está muy ampliamente reportada en muchos países (Gear 2007; OMS 2002). Esta violencia puede tomar la forma de prisioneros que son forzados a tener relaciones sexuales con otros prisioneros o con los funcionarios u oficiales al mando. El tema de la violación en la prisión, sin embargo, está a menudo rodeado del tabú y el estigma (Gear 2007). Cualquier sugerencia de actividad sexual tras las rejas despierta en el público ansiosos pronunciamientos y denuncias que enturbian la distinción entre relaciones sexuales consensuadas entre hombres y la violación de hombres y produce una confusión entre la violación masculina y la homosexualidad (Donaldson 2001; Gear 2007; Scarce 1997; Wooden y Parker 1982).

De hecho, la violación de otro hombre es una ofensa que 'virtualmente ningún homosexual encarcelado comete' (Donaldson 2001). En contraste, la violación en entornos de prisión (y fuera de la prisión) es a menudo cometida por hombres que se identifican como heterosexuales y es usada como instrumento para establecer y mantener jerarquías, poder y control sobre otros hombres (Gear 2007; Michigan Resource Center nd; OMS 2002). Una investigación cualitativa de sexo y violencia sexual en prisiones de hombres en Sudáfrica encontró que las víctimas hombres no son reconocidas como tales, sino como 'mujeres' y que este sentido de masculinidad destruida y 'feminidad' impuesta es fundamental en el inmenso estigma y la vergüenza que mantiene a la mayoría de las víctimas sufriendo en silencio (Gear 2007). En otros lados, los hombres que tienen relaciones sexuales con hombres pueden ser "castigados", con violación, por su comportamiento que es percibido como que transgrede las normas sociales (OMS 2002).

## VI. DE LA INVESTIGACIÓN A LA ACCIÓN

---

Esta revisión ha tratado un extenso número de investigaciones sobre las complejas relaciones entre las construcciones sociales de las masculinidades y las actitudes y prácticas de los hombres relacionadas con la explotación sexual y la violencia, así como factores individuales asociados con el uso del hombre de la violencia sexual y la compra de sexo. Dada la interrelación entre temas sociales más amplios – en particular la globalización y la pobreza – y las construcciones sociales prevalecientes de género y masculinidades, así como factores individuales, no hay respuestas fáciles y obvias en cuanto a cómo involucrar a los hombres y los niños en reducir la demanda de explotación sexual o prevenir la violencia sexual. Sin embargo, esta literatura revisada ofrece algunos conocimientos para tomar acción:

- Mientras que hay factores individuales claves (y a veces psicopatologías individuales) asociados con el uso de los hombres de algunas formas de violencia, ***el uso de los hombres de la violencia sexual está claramente ligada a normas sociales más amplias relacionadas con la hombría. Esto sugiere entonces, que cualquier esfuerzo para reducir seriamente la compra de sexo por hombres y la violencia sexual requiere no sólo llegarles a algunos hombres, sino cambios en como ven las sociedades y las culturas los roles de los hombres.***
- Los hombres que apoyan o creen en actitudes que dan dominio a los hombres, o creen que las mujeres deben estar a su servicio, a menudo tienen mayores probabilidades de comprar sexo.
- La cosificación de las mujeres y el sexo normaliza un espectro más amplio de conductas sexuales, incluyendo las más violentas y coercivas.
- Quizás uno de cada diez hombres en el mundo compra sexo anualmente, con tremendas variaciones alrededor del mundo, lo que sugiere que aunque no es una conducta universal, es permitida o aceptada por una considerable minoría de hombres. Las grandes variaciones a través de las culturas y los lugares significan que necesitamos entender más sobre factores de contexto específico que expliquen esta variación.
- Relativamente pocas investigaciones han encontrado o examinado las diferencias entre los hombres que compran sexo de mujeres adultas o niñas menores. Investigaciones existentes sugieren que algunos hombres que compran sexo pueden gustar de niñas o mujeres más jóvenes debido a su sumisión más que estrictamente por una preferencia estética de mujeres más jóvenes y niñas.
- Muchos hombres que compran sexo son más jóvenes y van con grupos de amigos, como una “representación” pública de una forma específica de masculinidad. Al participar en estos comportamientos, estos hombres pueden estar tratando de satisfacer las esperadas normas sociales de la hombría.
- Los patrones de los hombres del uso del trabajo sexual y la violencia sexual a menudo se inician cuando los hombres son jóvenes, precisamente cuando es más probable que quieran satisfacer estas normas esperadas de hombría para “encajar” dentro de su grupo de pares.
- El uso de los hombres de la violencia sexual en la guerra, y en lugares en conflicto y después del conflicto está bien documentado y ligado a un control social reducido,

a versiones específicas (a menudo en base a la etnia) de la hombría y constituyen una táctica específica de guerra y dominación.

- La pornografía parece estar cada vez más disponible y es, de manera creciente, una parte de la socialización de los chicos (y chicas). Si la pornografía causa violencia sexual o causa que los hombres busquen el sexo pagado, no está claro; cuando mucho podemos concluir que algunas formas de pornografía contribuyen a creencias sociales sobre las mujeres como sumisas y disponibles sexualmente, y quizás también a mitos de violación.
- Aunque la incidencia de explotación sexual y violencia sexual es alarmante, éstas son ejercidas en la mayoría de los lugares por una minoría de hombres. La gran mayoría de los hombres no usan ni apoyan tal violencia, aunque son sujetos de una socialización similar alrededor de las normas de género que puede llevarlos, en algunas circunstancias, a apoyar o cuando menos a aceptar dichas conductas. Al enfocarnos en la prevención, es importante entender a esta mayoría de hombres – particularmente aquéllos en sitios en los que la violencia sexual y la explotación sexual prevalecen – y las fuerzas y factores que estimulan y apoyan su no violencia.

Con estas conclusiones generales, esta sección ofrece una serie de recomendaciones para la acción. Primero tratamos los vacíos de investigación y luego ejemplos de programas y políticas prometedoras.

## Qué investigaciones necesitamos?

Hay una necesidad de investigaciones adicionales sobre la naturaleza y la dimensión de las percepciones de los hombres y el uso de la explotación sexual y la violencia en diversos contextos. Investigaciones adicionales también se necesitan para identificar factores contextuales potencialmente protectores que puedan ser abordados para reducir el uso de los hombres de la explotación sexual y la violencia. Las preguntas de investigación específicas que se han identificado incluyen:

- Cuál es el **número aproximado y la proporción de niños y hombres en diferentes sitios que ejercen diferentes formas de explotación sexual y violencia sexual** contra niñas y mujeres en diversos sitios? Cuáles son sus ideas acerca del género y las relaciones de género, sus antecedentes sociales y sus consecuentes conductas y actividades sexuales? (DeKeseredy 2007; Hughes 2004; Tewksbury 2005). Qué actitudes, factores individuales, experiencias de infancia, y contextos sociales y económicos contribuyen al uso de los hombres de la explotación sexual y la violencia sexual?
- Las investigaciones actuales sugieren que las ideologías masculinas hostiles y dominantes son un importante pronosticador del uso de los hombres de la explotación y la violencia sexual. **Cómo se desarrollan estos tipos de ideologías entre los niños y hombres a través de diferentes contextos y cómo se mantienen? Cuál es la influencia de los pares y los medios (particularmente la pornografía) en el desarrollo de ideologías masculinas hostiles en los niños y hombres?** (Murnen 2002) Qué más puede ayudar a los hombres y niños a cuestionar las ideologías masculinas hostiles?
- Además de las ideologías masculinas hostiles y dominantes, **cuáles son las otras influencias de riesgo para que los hombres se vuelvan perpetradores de explotación sexual y violencia sexual?** (Petersen et al. 2005)
- **Cómo influyen la adaptación a nuevas realidades económicas y estructuras familiares cambiantes (ej. a través de la emigración) en las actitudes y**

***conductas de los niños y los hombres en relación con la explotación sexual y la violencia sexual?*** (Sherer 2005).

- ***Cuáles son los factores que inhiben a los niños y hombres en cuanto a ejercer la explotación o violencia sexual?*** (Hughes 2004; Maletzky 2000 en Carr 2004). Cómo pueden estos factores ser usados como puntos de entrada para movilizar a los hombres para hablar y actuar en contra de la explotación sexual y la violencia sexual? En los entornos en los que parece que los hombres compran sexo con mayor frecuencia (hombres que emigran, hombres en la milicia) o usan otras formas de explotación sexual y violencia sexual, qué sabemos acerca de los hombres que no compran sexo en estos contextos? Qué combinación de factores necesita darse para reducir la probabilidad de que los hombres y muchachos ejerzan la explotación sexual y la violencia sexual?
- ***Cómo impactan las leyes y políticas que criminalizan la compra de sexo a las actitudes y prácticas de los hombres y niños?***
- ***Además de las trabajadoras sexuales y los clientes, quién más está involucrado en la perpetración de la explotación sexual y la violencia sexual (ej. gente que organiza redes de tráfico y familias que venden a sus hijas a estas redes)?*** Cuáles son las características de estos individuos y qué factores los llevan a involucrarse en estas redes y situaciones?
- ***Cómo influyen las actitudes de las mujeres y niñas basadas en el género en su comprensión y experiencia del abuso sexual y la explotación?*** Cómo experimentan o entienden y describen las mujeres y niñas a los hombres y niños que les compran sexo? Cuáles son los mecanismos por los cuales ellas se ven estimuladas a culparse a sí mismas en vez de a los hombres? (Murnen 2002) Cuáles son las actitudes entre las mujeres y niñas en general acerca del trabajo sexual, la explotación sexual y la violencia sexual?

## **CUADRO 12: REALIZAR INVESTIGACIONES CON HOMBRES SOBRE EXPLOTACIÓN SEXUAL Y VIOLENCIA SEXUAL**

Hay muchos desafíos involucrados en el desarrollo de investigaciones con hombres sobre explotación sexual y violencia sexual. Más notablemente, a menudo hay diferencias subjetivas de origen cultural en cómo entienden o definen los hombres la explotación y la violencia sexual. Por ejemplo, las maneras en que los hombres y las mujeres pueden reportar y probablemente experimentar la explotación y la violencia sexual están a menudo más influenciadas por qué tanto se equiparan las circunstancias de un encuentro o relación sexual con las normas socialmente aceptadas que por el hecho de si hubo o no coerción o violencia (Marston 2005). Por lo tanto, generalmente no es efectivo sólo preguntar directamente si han violado o usado violencia física para obtener sexo, sino más bien preguntar acerca de una cantidad de diferentes circunstancias que pueden estar alrededor de sus encuentros sexuales pasados o actuales (Jewkes 2006). Por ejemplo, un estudio con hombres universitarios en los EU encontró que pocos admitían haber usado fuerza física para obtener sexo, mientras que más hombres reconocían haber usado alguna forma de coerción sexual tal como presionar a las mujeres y decir cosas que no sentían para obtener sexo, usado alcohol para obtener sexo, y tenido relaciones sexuales con una mujer a pesar de que ella quería



que se detuvieran (Carr 2004). En otro estudio de EU, éste con hombres que eran abusivos, menos del 8 por ciento de los hombres en esta muestra contestaron afirmativamente a preguntas que preguntaban “Alguna vez ha abusado sexualmente de su pareja?” sin embargo la mayoría de los hombres contestaron afirmativamente a preguntas sobre actividades que están definidas legalmente como ataque sexual o violación en el estado donde se recopilaron los datos. Esto incluía amenazar con daño físico si su pareja no tenía relaciones sexuales, tener relaciones sexuales con su pareja cuando ella no era capaz de consentir, forzar físicamente a su pareja a tener relaciones sexuales contra su voluntad, y así sucesivamente (Bergen y Bukovec 2006). Temas metodológicos similares se aplican a las investigaciones con mujeres – puede que no clasifiquen las experiencias de coerción sexual y violación como tales, así que a menudo es necesario preguntar acerca de circunstancias específicas de experiencias sexuales (Jewkes 2006).

Los hombres también podrían sentirse más cómodos hablando de sus actitudes sobre la explotación y la violencia sexual que hablando de sus conductas específicas. Un estudio en Sudáfrica, como parte del proceso de redefinir un cuestionario para una grande encuesta, les pidió a hombres entre 18 y 49 años de edad que comentaran las preguntas que se hacían sobre actitudes y prácticas sobre relaciones sexuales no consensuadas con mujeres (Sikweyiya et al 2007). En términos de las actitudes acerca de las relaciones no consensuadas, los hombres estaban divididos en sus ideas, pero la mayoría expresó actitudes un tanto tradicionales que apoyaban la violación y ninguno expresó incomodidad al responder las preguntas sobre actitudes. En contraste, los hombres demostraron incomodidad al contestar las preguntas sobre sus propios comportamientos. A pesar de tal incomodidad, sin embargo, los hombres pudieron hablar honestamente sobre la violación cuando se les garantizó su anonimato.

## Qué programas se han probado y qué parece funcionar?

Los últimos 20 años han visto un significativo aumento en la atención hacia involucrar a los hombres y niños en los esfuerzos para mejorar la salud de mujeres y hombres y, de manera más amplia, promover una mayor equidad de género. Esta respuesta es en gran medida el resultado de un mejor entendimiento de los roles del hombre en determinar la salud y el bienestar de la mujer, y el reconocer que muchos esfuerzos para el desarrollo de la salud de las mujeres y niñas no abordan los valores y las normas de género. ***En efecto, la evidencia de alrededor del mundo confirma que los hombres y niños pueden cambiar, y lo hacen, sus actitudes y comportamientos relacionados con la salud como resultado de intervenciones bien diseñadas y que aquellas intervenciones que incorporan una perspectiva de género son particularmente más efectivas.*** En particular, los programas con hombres y niños que incluyen discusiones deliberadas de género y masculinidad y esfuerzos claros para transformar dichas normas de género parecen ser más efectivos que los programas que sólo reconocen o mencionan las normas y los roles de género (Barker et al 2007).

En este contexto, es necesario que los esfuerzos para prevenir la explotación y la violencia sexual estimulen a los hombres y niños (y las mujeres y niñas) a reflexionar de manera crítica, cuestionar o cambiar roles sociales que crean y refuerzan la inequidad de género y la vulnerabilidad para hombres y mujeres. No es suficiente involucrar a los hombres en pequeñas discusiones sobre la explotación y la violencia sexual, por ejemplo mediante sólo informando o “advirtiendo” a los hombres sobre

las sanciones legales. Más bien, existe la necesidad de esfuerzos extensos y a largo plazo para aumentar los conocimientos de la sociedad sobre el tema y una revisión fundamental de la sexualidad, masculinidad y las relaciones de género (Anderson & O'Connell Davidson 2003 en Mansson nd). Estos esfuerzos deben tratar de llegarles a las niñas y niños y a la gente joven en particular (Anderson & O'Connell Davidson 2003 en Mansson nd). Debe impartirse educación sexual, adecuada a su edad, a niñas y niños y ésta debe incluir oportunidades para discutir y reflexionar sobre temas de género dentro del contexto de la sexualidad y la vida cotidiana. **En efecto, el hallazgo de investigación de que los niños (y niñas) están cada vez más expuestos a la pornografía (desde edades tempranas) y que muchos actos de violencia y compra de sexo ocurren a edades tempranas (y muchos se repiten a lo largo de la vida), refuerza la necesidad de iniciar las intervenciones, utilizando un enfoque de transformación de género, a una edad temprana. Además, los programas de prevención de violencia sexual deben también tomar en cuenta las necesidades y contextos de grupos específicos de hombres y niños – incluyendo clase social y etnia, entre otros factores.** Tales programas deben también cuestionar sus propias creencias y estereotipos acerca de los hombres mismos – específicamente sus ideas, a veces no expresadas pero implícitas, de que ciertos grupos de hombres son inherentemente más violentos que otros.

**Un efectivo punto de inicio para el trabajo transformador de género es ayudar a los hombres a entender cómo les afectan las normas de género; es decir, cómo las normas prevalecientes acerca de lo que significa ser hombres son dañinas para las mujeres pero también para los mismos hombres y los niños** (Barker et al. 2004; Truman 1996). Las investigaciones también confirman la necesidad específica de abordar el derecho sexual que muchos hombres pueden sentir sobre sus parejas íntimas y de ayudarlos a desafiar su entendimiento de la “normalidad” de la violencia sexual en las relaciones íntimas, así como el amplio espectro de comportamientos que pueden ser considerados como violencia sexual (Bergen 2006). Estudios de evaluación de impacto realizados para Stepping Stones en Sudáfrica y el Programa H en Brasil y la India han afirmado que los hombres jóvenes y adultos sí pueden involucrarse en un cuestionamiento de las normas de género y los privilegios y que han cambiado su comportamiento como resultado. En efecto, **puede ser más efectivo promover la empatía de los hombres hacia las mujeres y niñas, trabajar en su potencial para tratar a las mujeres con respeto y cuestionar las actitudes hostiles hacia las mujeres, que enfocarse en la violencia sexual per se o en decirles a los hombres lo que no hay que hacer, o enfocarse en la culpa o la vergüenza** (Forbes 2004; Dean y Malamuth 1997). En otras palabras, apelar a un sentido de empatía y al potencial de los hombres de tratar a las mujeres como iguales y con respeto parecen ser estrategias más efectivas que simplemente decirles a los hombres que no usen agresión sexual o violencia sexual (Lonsway 1996 en Forbes 2004).

Además de promover la empatía y actitudes más equitativas, también es necesario que los **hombres y niños tengan la oportunidad de desarrollar las habilidades de comunicación y negociación necesarias para cambiar comportamientos.** Los hallazgos de investigaciones y programas han afirmado la necesidad de involucrar a los niños y hombres con un sentido de auto-eficacia para que cuestionen las normas de género prevalecientes y actúen con una mayor equidad de género, incluyendo la capacidad de negociar con las parejas, cuestionar a los grupos de pares y solicitar servicios – es decir cuestionar las actitudes misóginas y hostiles hacia las mujeres y niñas o la idea prevaleciente de que los hombres nunca pueden rechazar las relaciones sexuales (Ricardo et al. 2006; Tierney y McCabe 2002 en Petersen 2005).

***En un nivel más amplio, es también importante tratar de cambiar el ambiente social e involucrar a grupos de pares, grupos sociales y comunidades enteras en el cuestionamiento, la crítica y la reconstrucción de las normas relacionadas con la masculinidad, sexualidad y relaciones de género.*** Estos esfuerzos pueden abarcar desde la movilización a nivel comunitario y campañas para cambiar factores estructurales, ambientales y otros. Por ejemplo, puede ser particularmente efectivo involucrar a los líderes comunitarios o específicamente a los líderes “hombres” (entrenadores, líderes religiosos, hombres en posiciones gerenciales en el trabajo o en las estructuras de mando en el ejército) en el cuestionamiento de ideas asumidas acerca de los hombres y la explotación sexual y la violencia sexual, como ellos pueden hacerlo, que sirvan como influencias importantes sobre otros hombres: Es importante recordar que las mujeres y niñas también deben participar en esfuerzos a nivel comunitario, ya que ellas también contribuyen a y refuerzan las normas relacionadas con la masculinidad y la explotación y violencia sexual. Además, ambos los esfuerzos de sensibilización frente a frente y los de educación, así como los de nivel comunitario, deben involucrar a beneficiarios y otros participantes en el desarrollo y las fases de evaluación, con objeto de asegurar que los mensajes y las estrategias reflejen las necesidades y los contextos locales. Colaboraciones con organizaciones que tienen un foco más amplio que la prevención de la explotación y la violencia sexual, son también importantes (Clinton-Sherrod et.al. 2008).

### **Cuadro 13: Involucrando a los niños y hombres en la prevención de la explotación sexual y la violencia sexual: Ejemplos de Programas**

Hay numerosos ejemplos de programas que tratan de involucrar a los niños y hombres en la prevención de la explotación y la violencia sexual, algunos que abordan los problemas de manera específica y otros que tratan los problemas con reflexiones más amplias sobre las masculinidades, la equidad de género y la salud. La mayoría de estos programas han incluido una combinación de actividades educativas en grupo con niños y hombres con campañas comunitarias o activismo. Algunos de los ejemplos más conocidos de programas que han tratado el género y las masculinidades más ampliamente son Los Hombres como Parejas, Programa H y Stepping Stones (Barker et al 2004; Mehta et al 2004; White et al 2003). Estos programas tratan diferentes problemas de salud, incluyendo violencia contra la mujer, y hablan específicamente de las normas de género y masculinidades y cómo éstas se relacionan con estos problemas de salud. Los estudios de evaluación de impacto han demostrado que la participación en estos programas lleva a cambios positivos en las actitudes de los hombres y niños acerca de la violencia contra la mujer, incluyendo la violencia sexual, y también disminuye el uso de violencia (auto-reportada). Estos programas, por lo tanto, ofrecen puntos de entrada estratégicos para las discusiones sobre otras formas de explotación sexual y violencia sexual, tales como la compra de sexo.

Hay también ejemplos de programas en los que los temas de explotación sexual y violencia sexual son centrales. Éstos incluyen un innovador proyecto en Filipinas dirigido por CATW (Coalition Against Trafficking of Women) que va dirigido a niños y jóvenes en escuelas y comunidades en las que el

trabajo sexual es prevaeciente (Raymond 2004). El proyecto aborda específicamente las actitudes y prácticas sexuales de los niños y jóvenes a través de materiales educativos y talleres que promueven el conocimiento de los daños y las consecuencias del trabajo sexual y el tráfico para explotación sexual, el papel de los hombres en la perpetuación de la explotación sexual y su potencial para ser "catalizadores del cambio" (Raymond 2004).

Otro ejemplo de un esfuerzo para involucrar a los hombres en tratar la violencia sexual es Los Hombres Pueden Detener la Violación en los EU que usa diferentes medios masivos, difusión comunitaria y estrategias de movilización para involucrar a los jóvenes en comportamientos más positivos y equitativos, incluyendo como aliados en la prevención de la violencia de pareja. La iniciativa de la campaña en los medios está organizada alrededor de la frase "Mi Fuerza No Es Para Lastimar" y lucha por redirigir la percepción tradicional de la fuerza masculina como respeto y comunicación, no fuerza y dominación. Además de los medios y los esfuerzos comunitarios, la Campaña de Fuerza incluye también un componente educativo en el que participan los jóvenes en una serie de sesiones diseñadas para aumentar sus conocimientos acerca de la importancia de la participación del hombre en la prevención de la violación y movilizarlos como aliados activos en la prevención de la violencia de los hombres contra las mujeres y niñas.

Hay también diversos ejemplos de programas educativos para la prevención de la violación en las escuelas secundarias y universidades en los EU que han demostrado cambios positivos en las actitudes y comportamientos de los jóvenes en relación con la violencia durante las citas (Avery-Leaf et al 1996; Crooks 2007; Foshee et al. 1998; Foubert 2000; Heppner et al. 1999; Rosenthal et al. 1995). Estos programas han incorporado, en diferentes grados, un cuestionamiento de las masculinidades y normas sociales relacionadas con las relaciones de género y la sexualidad. El Programa Mentores en Prevención de la Violencia (MPV) en los EU capacita a jóvenes, hombres y mujeres, estudiantes de secundaria y universidad para trabajar juntos para ser "observadores empoderados" que pueden confrontar a sus pares que usan violencia. El Proyecto de Educación de la Fraternidad Anti-Violencia en los EE.UU. utiliza discusiones en grupos pequeños, juegos de rol, videos y varias actividades interactivas, así como uso de mentores a largo plazo para: educar a hombres en edad universitaria (en fraternidades o en campos) sobre la violencia en contra de las mujeres; crear y abrir espacios para un dialogo continuo entre hombres sobre este tema y sus conexiones con la inequidad de las pautas y relaciones de género y; equipar a los hombres con capacidades de liderazgo necesarias para que se desempeñen como aliados en la promoción de los derechos de la mujer. Informes de cambios autoexperimentados por los participantes han incrementado las probabilidades de discutir entre pares y familia la violencia durante los noviazgos (Clinton-Sherrod et.al. 2008). También hay ejemplos de esfuerzos que se han dirigido a grupos específicos de hombres tales como las fuerzas armadas y los guardianes de la paz con mensajes relacionados con la prevención de la explotación sexual y la violencia sexual (Hughes 2004).

Entre los ejemplos más reconocidos de campañas de movilización y medios masivos que tratan de cambiar el ambiente social y las normas relacionadas con el género, las masculinidades y la violencia están Coaching Boys into Men en los EU, Cambodia Men's Network, MASVAW (Men's Action for Stopping

Violence Against Women) en la India y la White Ribbon Campaign que está activa en todo el mundo. Estas campañas comprenden una variedad de estrategias, desde la sensibilización de líderes tradicionales y hombres modelo claves a las marchas, manifestaciones y la difusión en medios como la radio y la televisión. Igualmente, Stop Rape in War es un ejemplo de una iniciativa global que trata de involucrar a los gobiernos, agencias de la ONU y comunidades en reducir la incidencia y tolerancia de la violación en la guerra, a través de intervenciones que abordan normas sociales, actitudes y comportamientos relacionados con la equidad de género. La ONU también lanzó recientemente una campaña de varios años para movilizar la voluntad política, recursos y la opinión pública para acabar con la violencia contra las mujeres y las niñas – la campaña incluye un enfoque específico en la participación de líderes hombres y de hombres y niños.

### **Cuadro 14: Trabajando con los perpetradores de la explotación sexual y la violencia sexual**

Hay una limitada experiencia de programas que se hayan realizado directamente con niños y hombres que usan o han usado la explotación sexual y violencia sexual. La mayor parte de la atención a estos niños y hombres se ha enfocado en la implementación de medidas punitivas como una estrategia para inhibir, si no cambiar, sus comportamientos y prácticas. Un ejemplo de trabajo que ha tratado de extenderse más allá del modelo estrictamente punitivo es el de “John Schools” que opera en diferentes sitios de Norteamérica. Estas escuelas varían en sus enfoques pero en general incluyen actividades educativas con hombres condenados por solicitar trabajo sexual. Uno de los ejemplos más notables fue el Sexual Exploitation Education Project (SEEP) en Portland, Oregon, que enmarcó el trabajo sexual como una forma de violencia contra la mujer e involucró a los hombres en discusiones acerca de cómo su socialización y normas sobre sexualidad masculina se prestan a su propensión a ejercer la explotación sexual y la violencia sexual (Hughes 2004; Monto 2001). En el estado de Arizona, en los EU, un proceso de justicia restaurativa se usó mediante el cual los hombres que usaron violencia sexual pudieron evitar sentencias de cárcel por admitir públicamente su violencia (ante la víctima y un grupo de personas elegidas por él/ella) y participar en terapia individual o de grupo relevante (Koss 2005). La intervención demostró una alta tasa de éxito medido por las tasas de reincidencia.

## Cuáles son los vacíos en programación?

**Entre los vacíos de programación más sobresalientes están la necesidad de asegurar que los programas dirigidos a niños y hombres en la prevención de la explotación sexual y la violencia sexual incorporen consistentemente mensajes más amplios y reflexiones sobre las masculinidades y las inequidades de género y, además, que se sometan a evaluaciones de impacto para medir su efectividad en el cambio de actitudes y comportamientos.** De igual forma, los programas que trabajan con hombres sobre otros temas, incluyendo la salud sexual y reproductiva y la salud materno-infantil deben también asegurarse de abordar los vínculos con la violencia de género, incluyendo la explotación sexual y la violencia sexual. Como se discutió anteriormente, también es importante que los programas para hombres y niños estén acompañados de esfuerzos por transformar normas sobre masculinidad y género a niveles más amplios, particularmente entre las instituciones de socialización primaria, la familia y el sistema de educación. Finalmente, los programas necesitan de esfuerzos constantes para desarrollar y mejorar los esfuerzos de evaluación, particularmente en términos de resultados en el comportamiento (Barker et al 2007; Clinton-Sherrod et al. 2008). Existe un cuerpo importante de evidencia que conecta a los programas con cambios positivos en la concientización de hombres y niños y en sus actitudes sobre la violencia sexual. Sin embargo, existe menos evidencia que involucre a estos programas con cambios de comportamiento o con disminuciones en la incidencia de violencia y explotación sexual. La perspectiva de la mayoría de los programas existentes ha sido enfocarse a los niños y hombres que son perpetradores o perpetradores potenciales de explotación y violencia sexual. **Es necesario, sin embargo, llegarles también a esos hombres, tales como los comandantes u oficiales policíacos y militares, por ejemplo, que no necesariamente pueden ser perpetradores pero que pueden jugar papeles estratégicos en la prevención o perpetuación de la explotación sexual y la violencia sexual.** En la misma línea, es también importante que los programas no asuman que los hombres son siempre y los únicos perpetradores de la explotación y la violencia sexual; debe haber espacios y recursos para las víctimas hombres así como esfuerzos para abordar los factores y circunstancias que los hacen vulnerables.

Finalmente, además de incluir un enfoque de género más integral en los programas con niños y hombres, hay también una **necesidad de depurar las metodologías y lecciones aprendidas de los programas exitosos que podrían adaptarse y aplicarse en otros contextos** y con diversos grupos de niños y hombres (y otros participantes). En particular, si tratamos de tener un impacto significativo en las tasas de explotación sexual y violencia sexual, **es necesario ir más allá de unas cuantas intervenciones a pequeña escala e identificar posibilidades para aumentar los programas y las campañas exitosas.**

## Qué tipo de políticas se necesitan?

Como en el caso de los programas, hay una **necesidad de que las políticas también equilibren sus enfoques en términos de medidas preventivas y punitivas.** Por ejemplo, los hombres participantes en el Proyecto de Educación sobre Explotación Sexual (ver el CUADRO 11) eran hombres que habían sido condenados por solicitar trabajo sexual y a quienes se les requirió participar en el programa como una condición de la libertad condicional, o fueron invitados a participar a cambio de recibir una multa menor (Monto 2001). Esta combinación de medidas punitivas con esfuerzos para “rehabilitar” a los perpetradores, o prevenir el futuro uso de la explotación sexual y la violencia sexual es esencial para lograr cambios a largo plazo en las tasas de explotación sexual y violencia sexual.

**También sigue habiendo una necesidad de políticas para reconocer las diversas formas y contextos en los que ocurren la explotación sexual y la violencia sexual.** La Declaración de la Reforma de Ley Criminal Sudafricana de 2003, por ejemplo, extendió el entendimiento de la violación para incluir “conductas no consensuadas que no son estrictamente pene-vaginales... que son perpetradas por otros medios aparte del uso de la fuerza, por ejemplo, por amenazas y abuso de autoridad ... y que (incluyen) ambos hombres y mujeres... como víctimas” (Ngwena 2005 en Jeejebhoy et al 2005). Éstas son dimensiones importantes para la explotación sexual y la violencia sexual que han sido ignoradas por las políticas (y los programas) con demasiada frecuencia. También es apenas recientemente, y en un número limitado de países, que la violación dentro del matrimonio ha sido reconocida como una ofensa (Altman 2001). Un área de las políticas relacionada con la explotación sexual y la violencia sexual, sin embargo, que sigue siendo controversial es cómo abordar el trabajo sexual. La controversia es, en términos amplios, si las políticas deben basarse en la despenalización o la penalización (ver el CUADRO 3). En 1999, Suecia introdujo una ley que reconoce el trabajo sexual como una forma de violencia de los hombres contra las mujeres y los niños. La ley ha generado mucho debate entre aquéllos que ven el trabajo sexual como una expresión invariable de la explotación y la violencia sexual del hombre contra la mujer e identifican a la ley como un gran avance y aquéllos que sostienen que dicha ley disminuye la libertad de aquellas mujeres que eligen ejercer el trabajo sexual (Altman 2001; Mansson nd).

**A nivel de la ley internacional,** el 19 de junio de 2008, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas adoptó unánimemente la Resolución 1820 que reconoce que “la violación y otras formas de violencia sexual pueden constituir crímenes de guerra, crímenes contra la humanidad o un acto constitutivo con respecto al genocidio” y que las mujeres y niñas son particularmente objetos de la violencia sexual, incluyendo algunos casos como “una táctica de guerra para humillar, dominar, infundir miedo, dispersar y/o reubicar por la fuerza a miembros civiles de una comunidad o grupo étnico”. Entre las diversas medidas que se requieren están una capacitación militar adecuada y esfuerzos para acabar con los mitos que alimentan la violencia sexual.

## **Conclusión**

---

Hay una necesidad urgente de cuestionamiento público y de debates públicos honestos y abiertos sobre sexualidad masculina – en escuelas, organizaciones comunitarias, hogares e instituciones religiosas – y de una comprensión más amplia de los contextos y factores que conducen al uso de la explotación sexual y la violencia sexual. Además, tanto en los programas como en las políticas, hay una necesidad de hombres que no condonan la violencia sexual y la explotación sexual para cuestionar a otros hombres y para tomar una postura pública en contra de estas acciones. La White Ribbon Campaign – actualmente activa en unos 60 países en todo el mundo – es un ejemplo de hombres (en números aún pequeños) que están hablando en voz alta acerca de la violencia sexual contra las mujeres. Muchos contextos en los que se da la violencia sexual – desde los conflictos y la guerra hasta las prisiones y escuelas – son espacios donde las jerarquías de poder y las amenazas de violencia a menudo dificultan que los hombres puedan hablar en contra de otros hombres. Evidentemente, cualquier intervención significativa tendrá que cuestionar también estas jerarquías de poder. Pero el acto de hablar en voz alta, o de que los hombres exijan cuentas a otros hombres, es la clave si hemos de cambiar las culturas de las masculinidades y las culturas de la impunidad que hacen posible y aceptable que los hombres (y algunas mujeres) usen la explotación y la violencia sexual contra otros.





## REFERENCIAS

---

Abraham M (1999). Sexual abuse in South Asian immigrant marriages. *Violence Against Women*, 5(6): 591-618.

ACORD (2000). Northern Uganda Planning Workshop Report, Gulu, Uganda, 25 April – 3 May 2000 London:ACORD

Ajuwon A (2005). Attitudes, norms and experiences of sexual coercion among young people in Ibadan, Nigeria. In: Jejeebhoy S, Shah I, Thapa S, eds. *Sex without Consent: Young people in Developing Countries*. London and New York, Zed Books, 96-104.

Alison M (2007). Wartime sexual violence: women's human rights and questions of masculinity. *Review of International Studies*, 33: 75-90.

Allen, M, D'Alessio, D, Brezgel, K (1995). A Meta-Analysis Summarizing the Effects of Pornography II Aggression After Exposure *Human Communication Research* 22 (2) , 258–283

Altamura A (2007). Exploring the commercial sexual exploitation of boys [presentation]. OSCE/ODIHR Conference on Combating SEC, Vienna, 18-19 October 2007.

Altman D (2001). *Global Sex*. Chicago and London: University of Chicago Press.

Amnesty International (2004). *Men's violence against women in intimate relationships: An account of the situation in Sweden*. Stoppa Våldet Mot Kvinnor.

Anderson B, O'Connell Davidson J (2003). *Is Trafficking in Human Beings Demand Driven? A Multi-Country Pilot Study*. Geneva, International Organization for Migration.

Atkin T, Bain K (nd). *Sexual Exploitation of Boys & Young Men*. Sexual Exploitation Practitioners Group, Sheffield, England.

Avery-Leaf S, Cascard, M, O'Leary, KD, Cano, A (1997). Efficacy of a dating violence prevention program on attitudes justifying aggression. *Journal of Adolescent Health*, 21(11): 11-17.

Barker G (2005). *Dying to be men: Youth, masculinity and social exclusion*. Abingdon, Oxon, Routledge.

Barker G, Nascimento M, Segundo M, Pulerwitz J (2004). How do we know if men have changed? Promoting and measuring attitude change with young men: lessons from Program H in Latin America. In Ruxton S (ed.), *Gender Equality and Men: Learning from Practice*. Oxfam, Oxford, UK.

Barker G, Ricardo C, Nascimento M (2007). *Engaging men and boys in changing gender inequity in health: Evidence from programme interventions*. Geneva: WHO.

Bassiouni, C (1994). *Final Report of the United Nations Commission of Experts Established Pursuant to Security Council Resolution 780,S/1994/674*. New York, United Nations.

- Begany J, Milburn M (2002). Psychological predictors of sexual harassment: authoritarianism, hostile sexism, and rape myths. *Psychology of Men and Masculinity*, 3(2):119-126.
- Bergen R (1996). Wife rape: Understanding the response of survivors and service providers. *Violence and Victims*, 17: 511-524. Cited in: Bergen R, Bukovec P (2006). Men and Intimate Partner Rape: Characteristics of Men Who Sexually Abuse Their Partner. *Journal of Interpersonal Violence* 21: 1375-1384.
- Bergen R (2006). Studying Wife Rape: Reflections on the past, present and future. *Violence Against Women*, 10(12): 1407-1416.
- Bergen R, Bukovec P (2006). Men and Intimate Partner Rape: Characteristics of Men Who Sexually Abuse Their Partner. *Journal of Interpersonal Violence* 21: 1375-1384.
- Berkowitz A (1992). College men as perpetrators of acquaintance rape and sexual assault: a review of recent research. *Journal of American College Health*, 40: 175-181. Cited in: Carr J (2004). Risk factors for male sexual aggression on college campuses. *Journal of Family Violence*, 19(5): 279-287.
- Bindman, J, Doezema, J. (1997). Redefining Prostitution as Sex Work on the International Agenda. London: Anti-Slavery International.
- Bracewell W (2000). Rape in Kosovo: Masculinity and Serbian Nationalism. *Nations and Nationalism*, 6(4): 563-588.)
- Busch N, Bell H, Hotaling N, Monto M (2002). Male Customers of Prostituted Women: Exploring the Perceptions of Entitlement to Power and Control and Implications for Violent Behavior Toward Women. *Violence Against Women*, 8(9): 1093-1112.
- Cáceres C (2005). Assessing young people's non-consensual sexual experiences: lessons from Peru. In: Jejeebhoy S, Shah I, Thapa S, eds. *Sex without Consent: Young people in Developing Countries*. London and New York, Zed Books, 127-138.
- Campbell, C. (2001) " 'Going Underground and Going After Women': Masculinity and HIV Transmission amongst Black Workers on the Gold Mines" in *Changing Men in Southern Africa*, ed. Robert Morrell. Pietermaritzburg: University of Natal Press
- Carael M, Slaymaker E, Lyerla R, Sarkar S (2006). Clients of sex workers in different regions of the world: hard to count. *Sexually Transmitted Infections*, 82(Suppl III): iii26-iii33.
- Carpenter RC (2006). Recognizing gender-based violence against civilian men and boys in conflict situations. *Security Dialogue*, 37:83-103.
- Carr J (2004). Risk factors for male sexual aggression on college campuses. *Journal of Family Violence*, 19(5): 279-287.
- Carr J, VanDeusen K (2002). The relationship between family of origin violence and dating violence in college men. *Journal of Interpersonal Violence*, 17(6): 630-646.
- Clinton-Sherrod M, Gibbs D, Walters JH, Hawkins S, Williams S (2008) Report Describing Projects Designed to Prevent First-Time Male Perpetration of Sexual Violence (Updated) Research Triangle, North Carolina: RTI International

Connell R (1987). *Gender and power*. Stanford, Stanford University Press.

Connell R (1994). *Masculinities*. Berkeley, University of California Press.

Connell RW (1995). Who is a victim? Definitional problems in sexual victimization. *Victimology: An International Journal*, 6: 15-28. Cited in: Doherty K, Anderson I (2004). Making Sense of Male Rape: Constructions of Gender, Sexuality and Experience of Rape Victims. *Journal of Community & Applied Social Psychology*, 14: 84-103.

Crooks, CV, Goodall, GR, Hughes, R, Jaffe, PG, Baker, LL (2007). Engaging Men and Boys in Preventing Violence Against Women Applying a Cognitive–Behavioral Model. *Violence Against Women*, 13 (3): 217-39.

Dean K, Malamuth N (1997). Characteristics of men who aggress sexually and of men who imagine aggressing: risk and moderating variables. *Journal of Personality and Social Psychology*, 72(2): 449-55.

DeKeseredy W, Donnermeyer J, Schwartz M, Tunnell K, Hall M (2007). Toward a rural masculinity crisis/male peer support model of separation/divorce sexual assault. *Critical Criminology*, 15:295-311.

Doherty K, Anderson I (2004). Making Sense of Male Rape: Constructions of Gender, Sexuality and Experience of Rape Victims. *Journal of Community & Applied Social Psychology*, 14: 84-103.

Dolan C (2002). Collapsing Masculinities and Weak States—A Case Study of Northern Uganda. Chapter 3 in *Masculinities Matter! Men, Gender, and Development*, edited by Frances Cleaver (2002). London: Zed Books

Donaldson S (2001). A Million Jockers, Punks, and Queens. *Prison Masculinities*. Eds. Sabo, D., Kupers, T., & London, W. Temple University Press.

Durchslag R, Goswami S (2008). Deconstructing the Demand for Prostitution: Preliminary Insights from Interviews with Chicago Men who Purchase Sex. Chicago: Chicago Alliance Against Sexual Exploitation.

Duvvury N, Nayak M, Allendorf K (2002). Links between masculinity and violence: Aggregate analysis in Men, masculinity and domestic violence in India. Washington, DC: ICRW.

ECPAT International (2001). Five years after Stockholm: The fifth report on the implementation of the Agenda for Action adopted at the World Congress against Commercial Sexual Exploitation of Children held in Stockholm, Sweden, August 1996.

ECPAT International (nd). CSEC Terminology: Paedophilia ([http://www.ecpat.net/EI/About\\_CSEC/CSEC\\_Terminology/paedophilia.asp](http://www.ecpat.net/EI/About_CSEC/CSEC_Terminology/paedophilia.asp), accessed on 28 July 2008).

ECPAT International (2005). ¿Mercancía sexual?: Cómo Hemos Creado la Demanda para la Explotación Sexual Comercial de Niños, Niñas y Adolescentes en el Perú. Bangkok, Thailand: ECPAT International

Finkelhor, D (1994). The International Epidemiology of Child Sexual Abuse. *Child Abuse and Neglect*, 18 (5):409-17.

FFE (nd). The Free Speech Pamphlet Series: Prostitution. (<http://www.ffeusa.org/>

[html/statements/statements\\_prostitution.html](http://html/statements/statements_prostitution.html), accessed 15 July 2008)

Forbes G, Adams-Curtis L, White K (2004). First- and second-generation measures of sexism, rape myths and related beliefs, and hostility toward women: their interrelationships and association with college students' experiences with dating aggression and sexual coercion. *Violence Against Women*, 10(3): 236-261

Fordham G (2006). *As if They Were Watching My Body: Pornography and the Development of Attitudes towards Sex and Sexual Behaviour Among Cambodian Youth*. Phnom Penh, Cambodia: World Vision.

Forum on Marriage and the Rights of Women and Girls (2001). *Early Marriage: Sexual exploitation and the human rights of girls*. Include website if possible to find. London UK: Forum on Marriage and the Rights of Women and Girls

Foshee, VA, Bauman, KE, Arriaga, XB, Helms, RW, Koch, GG, Linder, GF (1998). An evaluation of Safe Dates, an adolescent dating violence prevention program. *American Journal of Public Health*, 88(1): 45-50.

Foubert J (2000). *The Men's Program: How to successfully lower men's likelihood of raping*, 2<sup>nd</sup> ed. Holmes Beach, FL, Learning Publications. Cited in: Carr J (2004). Risk factors for male sexual aggression on college campuses. *Journal of Family Violence*, 19(5): 279-287.

Friez I (1983). Investigating the causes and consequences of marital rape. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 8: 532-553. Cited in: Bergen R, Bukovec P (2006). Men and Intimate Partner Rape: Characteristics of Men Who Sexually Abuse Their Partner. *Journal of Interpersonal Violence* 21: 1375-1384.

Foubert JD (2000). The longitudinal effects of a rape-prevention program on fraternity men's attitudes, behavioral intent, and behavior. *Journal of American College Health*, 48(4): 158-63.

Gear S (2007). Behind the Bars of Masculinity: Male Rape and Homophobia in and about South African Men's Prisons. *Sexualities*, 10: 209-227.

Ghosh, S (2008) Decriminalizing sex work. *Seminar*, 583: 29-32

Gould C, Fick N (2008) *Selling Sex in Cape Town: Sex Work and Human Trafficking in a South African City Pretoria/Tshwane*, South Africa

Guilmoto C (nd). Sex-ratio imbalance in Asia: Trends, consequences and policy responses. Paris: LPED/IRD.

Haberland N, Chong E, Bracken, HJ, Parker C (2005). *Early marriage and adolescent girls YouthLens on Reproductive Health and HIV/AIDS no. 15*. Arlington, VA: YouthNet  
Higate P (2007). *Peacekeepers, Masculinities, and Sexual Exploitation*. *Men and Masculinities*, 10: 99-119.

Hill A (2001). Abandoned, vulnerable and exploited: Britain's rent boys. *The Observer*, 9 December 2001, 14.

Hoa TD, Cohen S, Nghi NQ, Duong LT, Van NT, Anh PM, Huong NTL, Anh NN, Mogk T (2006). Behind the Pleasure: Sexual Decision-Making Among High-Risk Men in Urban Vietnam. *Working Papers on HIV Prevention, Care and Treatment in Vietnam*. Family

Health International.

Hong L (2000). Towards a transformed approach to prevention: breaking the link between masculinity and violence. *College Health*, 48: 269-279.

Hope R (2007). Addressing Cross-Generational Sex: A desk review of research and programs. Washington, DC: Population Reference Bureau

Hudson V, Den Boer A (2005). Missing Women and Bare Branches: Gender balance and conflict. ECSP Report, 11, September 2005.

Hughes D (2000). Men Create the Demand; Women Are the Supply [lecture]. Valencia, Spain, November 2000, (<http://www.uri.edu/artsci/wms/hughes/demand.htm>, accessed 26 May 2008).

Hughes, D.M. (2004) Best Practices to Address the Demand Side of Sex Trafficking. Rhode Island: University of Rhode Island. ([http://www.uri.edu/artsci/wms/hughes/demand\\_sex\\_trafficking.pdf](http://www.uri.edu/artsci/wms/hughes/demand_sex_trafficking.pdf), accessed 15 July 2008)

International Planned Parenthood Federation and the Forum on Marriage and the Rights of Women and Girls (2006). Ending Child Marriage: A Guide for Global Policy Action. London, UK: IPPF

Isely PJ, Busse W, Isely P (1998). Sexual assault of males in late adolescence: A hidden phenomenon. *Professional School Counseling*, 2, 153-160.

Jeffreys S (2002). Trafficking in women versus prostitution: a false distinction. Townsville International Women's Conference, Australia, 3-7 July 2002.

Jejeebhoy S, Bott S (2005). Non-consensual sexual experiences of young people in developing countries: an overview. In: Jejeebhoy S, Shah I, Thapa S, eds. *Sex without Consent: Young people in Developing Countries*. London and New York, Zed Books, 3-45.

Jewkes, R. (2008). Rape perpetration and genetics: dilemmas from community-based research on perpetration. Presentation at a meeting of the Sexual Violence Research Initiative, Pretoria, South Africa, 17-18 July 2008.

Jewkes R, Dunkle K, Koss M, Levin J, Nduma M, Jama N, Sikweyiya Y (2006). Rape perpetration by young, rural South African men: Prevalence, patterns and risk factors. *Social Science & Medicine*, 63: 2949-2961.

Jewkes R, Penn-Kekana L, Rose-Junius H (2005). "If they rape me, I can't blame them": Reflections on gender in the social context of child rape in South Africa and Namibia. *Social Science & Medicine*, 61: 1809-1820.

Jõe-Cannon I (2006). Primer on the male demand for prostitution. N. Amherst, USA: The Coalition Against Trafficking in Women.

Johansson T, Hammarén N (2007). Hegemonic Masculinity and Pornography: Young people's attitudes toward and relations to pornography. *The Journal of Men's Studies*, 15(1): 57-70.

Jones A, del Zotto A (2002). Male-on-male sexual violence in wartime: human rights' last taboo?, paper presented to the International Studies Association Annual Conference,

New Orleans, 24-27 March. Cited in: Carpenter RC (2006). Recognizing gender-based violence against civilian men and boys in conflict situations. *Security Dialogue*, 37:83-103.

Kimmel M (2000). *The gendered society*. Oxford, Oxford University Press.

Koss M (2008) Restorative justice for sex crimes: Working ethically with perpetrators. Presentation at a meeting of the Sexual Violence Research Initiative, Pretoria, South Africa, 17-18 July 2008.

Kwon I, Lee DO, Kim E, Kim HY (2007). Sexual Violence Among Men in the Military in South Korea. *Journal of Interpersonal Violence* 22: 1024-1042.

Lahiri A, Kar S (2007). *Dancing Boys: Traditional Prostitution of Young Males in India. Situational Assessment Report on adolescents and young boys vulnerable to forced migration, trafficking and sexual exploitation in India*. Kolkata, People Like Us (PLUS).

Leach F, Mitchell C, eds. (2006). *Combating Gender Violence In and Around schools*. Stoke on Trent, UK and Sterling, USA: Trentham Books.

Liabo K, Bolton A, Copperman J, Curtis K, Downie A, Palmer T, Roberts H (2000). *The Sexual Exploitation of Children and Young People in Lambeth, Southwark and Lewisham*. Essex, Barnardo's Policy, Planning and Research Unit.

Lim LL, ed. (1998) *The Sex Sector: The economic and social bases of prostitution in Southeast*. Geneva: International Labour Office (ILO).

Lonsway, K. A. (1996). Preventing acquaintance rape through education: What do we know? *Psychology of Women Quarterly*, 20, 229-265 in Forbes G, Adams-Curtis L, White K (2004). First- and second-generation measures of sexism, rape myths and related beliefs, and hostility toward women. *Violence Against Women*, 10(3): 236-261

Luke N, Kurz K (2002). *Cross-generational and transactional relationships in Sub-Saharan Africa: Prevalance of behavior and implications for negotiating safer sexual practices*. Washington, DC: AIDSMark.

MacLeod, J, Farley, M, Anderson, L, Golding J (2008). *Challenging Men's Demand for Prostitution in Scotland. A Research Report Based on 110 Interviews with Men Who Bought Women in Prostitution*. Glasgow: Women's Support Project.

Mahoney P (1999). High rape chronicity and low rates of help-seeking among wife and rape survivors in a nonclinical sample: Implications for Research and Practice. *Violence Against Women*, 5(9):993-1016.

Malamuth N, Linz D, Heavey C, Barnes G, Acker M (1985). Using the confluence model of sexual aggression to predict men's conflict with women: a 10 year follow up study. *Journal of Personality and Social Psychology*, 69: 353-369. Cited in: Jewkes R, Dunkle K, Koss M, Levin J, Nduma M, Jama N, Sikweyiya Y (2006). Rape perpetration by young, rural South African men: Prevalence, patterns and risk factors. *Social Science & Medicine*, 63: 2949-2961.

Malamuth, N., Sockloskie, R., Koss, M., . & Tanaka, J. (1991). The characteristics of aggressors against women: Testing a model using a national sample of college students. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 59, 670-681.

Malamuth N, Addison T, Koss M (2000). Pornography and sexual aggression: are there reliable effects and can we understand them? *Annual Review of Sex Research*, 11: 26-91.

Maletzky B (2000). Sexual Assault. In Van Hasselt VB, Hersen M (eds.), *Aggression and violence: an introductory text*. Allyn & Bacon, Needham Heights, USA, 152-197. Cited in: Carr J (2004). Risk factors for male sexual aggression on college campuses. *Journal of Family Violence*, 19(5): 279-287.

Mansson, SA (2004). Men's Practices in Prostitution and Their Implications for Social Work in S.A. Mansson and C. Proveyer (editors) *Social Work in Cuba and Sweden: Achievements and Prospects*.

Marsiglio W (1988). Adolescent male sexuality and heterosexual masculinity: a conceptual model and review. *Journal of Adolescent Research*, 3(3/4): 285-303.

Marston C (2005). Pitfalls in the study of sexual coercion: what are we measuring and why? In: Jejeebhoy S, Shah I, Thapa S, eds. *Sex without Consent: Young people in Developing Countries*. London and New York, Zed Books, 287-300.

Martin S (2005). *Must boys be boys: Ending sexual exploitation and abuse in UN Peacekeeping Missions*. Washington, D.C., USA: Refugees International.

Masud Ali A, Sarkar R (2006). *The Boys and the Bullies: A Situational Analysis Report on Prostitution of Boys in Bangladesh*. Bangkok, ECPAT International in collaboration with INCIDIN Bangladesh.

Messerschmidt J (2000). Becoming "Real Men": Adolescent Masculinity Challenges and Sexual Violence. *Men and Masculinities* 2(3):286-307.

Meyer E (2006). Gendered harassment in North America: recognising homophobia and heterosexism among students. *Gender Violence in and Around Schools: International Perspectives*. Ed. Fiona Leach and Claudia Mitchell. Trentham Print Design, Ltd.: Chester.

Michigan Resource Center on Domestic and Sexual Violence (nd) *Male Survivors of Sexual Violence* Okemos, MI: Michigan Resource Center on Domestic and Sexual Violence

Miller J (2002). Violence and Coercion in Sri Lanka's Commercial Sex Industry: Intersections of Gender, Sexuality, Culture and the Law. *Violence Against Women* 8(9): 1044-1073

Monto M, Garcia S (2001). Recidivism among the customers of female street prostitutes: do intervention programs help? *Western Criminology Review*, 3(2), [online: [wcr.sonoma.edu/v3n2/monto.html](http://wcr.sonoma.edu/v3n2/monto.html)].

Monto M (2000). *Focusing on the clients of street prostitutes: A creative approach to reducing violence against women – final report*. Portland, OR, USA: University of Portland.

- Monto M, McRee J (2005). A Comparison of the Male Customers of Female Street Prostitutes With National Samples of Men," *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 49(5): 505-529.
- Morrell, R. & Makhaye, G. (2006). Working not blaming: masculinity work with young African men in KwaZulu-Natal. *Gender Violence in and Around Schools: International Perspectives*. Ed. Fiona Leach and Claudia Mitchell. Trentham Print Design, Ltd.: Chester.
- Muhammad T, Zafar N (2006). *Situational Analysis Report on Prostitution of Boys in Pakistan (Lahore and Peshawar)*. Bangkok: ECPAT International in collaboration with Pakistan Pediatrics Association.
- Murnen S, Wright C, Kaluzny G (2002). If "Boys Will Be Boys," Then Girls Will Be Victims? A Meta-Analytic Review of the Research That Relates Masculine Ideology to Sexual Aggression. *Sex Roles*, 46(11/12): 359-375.
- Ngwena C (2005). Synchronizing traditional legal responses to non-consensual sexual experiences with contemporary human rights jurisprudence. In: Jejeebhoy S, Shah I, Thapa S, eds. *Sex without Consent: Young people in Developing Countries*. London and New York, Zed Books, 227-235.
- Njue C, Askew I, Chege J (2005). Non-consensual sexual experiences of young people in Kenya: boys as perpetrators and victims. In: Jejeebhoy S, Shah I, Thapa S, eds. *Sex without Consent: Young people in Developing Countries*. London and New York, Zed Books, 139-157.
- Nzioka, C (2001). Perspectives of adolescent boys on the risks of unwanted pregnancy and sexually transmitted infections: Kenya. *Reproductive Health Matters*, 9(17): pp. 57-65.
- O'Connell Davidson J (2001). The sex tourist, the expatriate, his ex-wife and her 'other': the politics of loss, difference and desire. *Sexualities*, 4(1):5-24.
- Oddone-Paolucci et al 00 in Simmons C, Lehmann P, Collier-Tenison S (2008). Linking Male Use of the Sex Industry to Controlling Behaviors in Violent Relationships: An Exploratory Analysis. *Violence Against Women*, 14(4): 406-417.
- Oddone-Paolucci, E, Genuis, M, Violato, C (2000). A meta-analysis of the published research on the effects of pornography. In C. Violato, E. Oddone-Paolucci, & M. Genuis (Eds.), *Changing family and child development* (pp. 48-59). Aldershot, England: Ashgate.
- Ouimette, PC, Riggs D (1998). Testing a mediational model of sexually aggressive behavior in nonincarcerated perpetrators. *Violence and Victims*, 13: 117-130.
- Oyaro K (2008). UGANDA: "God Should Be So Kind That I Can Have Contraceptives." *Interpress Service News Agency (IPS)*, 10 April 2008, (<http://ipsnews.net/news.asp?idnews=41947>, accessed 20 May 2008).
- Parker R (1999). *Beneath the Equator: Cultures of desire, male homosexuality, and emerging gay communities in Brazil*. New York: Routledge.



Peterson I, Bhana A, McKay M (2005). Sexual Violence and Youth in South Africa: The need for community-based prevention interventions. *Child Abuse and Neglect*, 29: 1233-1248.

Piscitelli A (nd). On "gringos" and "natives": gender and sexuality in the context of international sex tourism in Fortaleza, Brazil. São Paulo, Brazil: Núcleo de Estudos de Gênero – UNICAMP.

Promundo and NOOS (2002). Men, gender-based violence and sexual and reproductive health: A study with men in Rio de Janeiro, Brazil. Rio de Janeiro, Brazil: Promundo

Prostitutes' Education Network (nd). Definitions of Trafficking: Review of UN Protocol compiled from Global Alliance Against Trafficking in Women (<http://www.bayswan.org/traffick/deftraffickUN.html>, accessed 15 July 2008)

Raymond J (2003) The Ongoing Tragedy of International Slavery and Human Trafficking: An Overview. Hearings Before The Subcommittee On Human Rights And Wellness Of The Committee On Government Reform, House Of Representatives - October 29, 2003

([http://action.web.ca/home/catw/readingroom.shtml?x=53794&AA\\_EX\\_Session=a2b708dd8635b38efd4bced392e8d98a](http://action.web.ca/home/catw/readingroom.shtml?x=53794&AA_EX_Session=a2b708dd8635b38efd4bced392e8d98a), accessed 18 November 2008)

Raymond J (2004). Prostitution on Demand: Legalizing the Buyers as Sexual Consumers. *Violence Against Women*, 10(10): 1156-1186.

Renfrew, J. (1997) *Aggression and its causes: A biopsychosocial approach*, Oxford: Oxford University Press.

Ricardo C, Barker G, Pulerwitz J, Rocha V (2006). Gender, sexual behaviour and vulnerability among young people. In: Ingham R, Aggleton P. *Promoting young people's sexual health*. London: Routledge, 61-78.

Rosenthal E, Heesacker M, Niemeyer G (1995). Changing the rape-supportive attitudes of traditional and nontraditional male and female college students. *Journal of Counseling Psychology*, 42: 171-177.

Russell B, Triggl K (2004). Tolerance of Sexual Harassment: An Examination of Gender Differences, Ambivalent Sexism, Social Dominance, and Gender Roles. *Sex Roles*, 50(7/8), 565-573.

Santhya K, Haberland N, Ram F, Sinha R, Mohanty S (2007). Consent and Coercion: Examining unwanted sex among married young women in India. *International Family Planning Perspectives*, 124-132.

Save the Children Sweden (2004) *The Client Goes Unnoticed*. Lima, Peru: Save the Children Sweden

Scarce M. (1997). *Male on Male Rape: The Hidden Toll of Stigma and Shame*. New York: Plenum.

Scott J, Minichiello V, Mariño R, Harvey GP, Jamieson M, Browne J (2005). Understanding the New Context of the Male Sex Work Industry. *Journal of Interpersonal Violence*, 20: 320-342.

Sherer M, Etgar T (2005). Attitudes Toward Sex and Sex Offences Among Israeli and Former Union of Soviet Socialist Republic Youth: Implication for Prevention Strategies for New Immigrants. *Journal of Interpersonal Violence*, 20: 680-700.

Sikweyiya Y, Jewkes R and Morrell R (2007). Talking about rape: South African men's responses to questions about rape, *Agenda*, 74.

Silberschmidt M. (2001). Disempowerment of men in rural and urban East Africa: implications for male identity and sexual behaviour. *World Development*, 29(4).

Simmons C, Lehmann P, Collier-Tenison S (2008). Linking Male Use of the Sex Industry to Controlling Behaviors in Violent Relationships: An Exploratory Analysis. *Violence Against Women*, 14(4):406-417.

Sodhi G, Verma M (2003). Sexual coercion amongst unmarried adolescents of an urban slum in India. In Bott S, Jejeebhoy S, Shah I, et al., eds. *Towards Adulthood: Exploring the Sexual and Reproductive Health of Adolescents in South Asia*. Geneva: World Health Organization.

Sommers M (2001). *Peace Education and Refugee Youth*. Geneva: UNHCR. EPAU Working Paper.

Tewksbury R, Golder S (2005). Why Do Johns Use Pornography?: Predicting consumption of pornography by clients of street level prostitutes. *The Southwest Journal of Criminal Justice*, 2(2): 101-118.

Thomas DQ, Ralph RE (1994). Rape in War: Challenging the Tradition of Impunity. *SAIS Review* 82-99

Tierney D, McCabe M (2002). Motivation for behavior change among sex offenders. A literature review. *Clinical Psychology Review*, 22: 113-129. Cited in: Peterson I, Bhana A, McKay M (2005). Sexual Violence and Youth in South Africa: The need for community-based prevention interventions. *Child Abuse and Neglect*, 29: 1233-1248.

Tosh J (2004). Hegemonic Masculinity and the History of Gender. In: Dudink S, Hagemann K, (eds), *Masculinities in Politics and War: Gendering Modern History* (2004). Manchester, Manchester University Press

Totten M (2003). Girlfriend Abuse as a Form of Masculinity Construction among Violent, Marginal Male Youth. *Men and Masculinities*, 6(1): 70-92.

Truman D, Tokar D, Fischer, AR (1996). Dimensions of Masculinity: Relations to Date Rape Supportive attitudes and Sexual Aggression in Dating Situations. *Journal of Counseling & Development*, 74: 555-560.

UN Secretariat (2003) Secretary-General's Bulletin: Special measures for protection from sexual exploitation and sexual abuse. ST/SGB/2003/13

United Nations. (2000). Protocol to prevent, suppress and punish trafficking in persons, supplementing the United Nations Convention Against Transnational Organized Crime. Doc A/55/ 383.

United Nations Division for the Advancement of Women (2003). The role of men and boys in achieving gender equality. Report of the expert group meeting, Brasilia, Brazil, 21-24 October, 2003. New York, United Nations (<http://www.un.org/womenwatch/>

daw/egm/men-boys2003, accessed 15 July 2008).

UNFPA/ONIJ (2001) Diagnostico sobre Salud Sexual y Reproductiva de Adolescentes en America Latina y el Caribe. México: UNFPA.

Verma R, Schensul S, Saggurti N (2007). Cultural, community and clinical approaches to HIV/STI prevention among men: results from five year male sexual health intervention study in urban India. Mumbai, Research and Intervention in Sexual Health: Theory to Action (RISHTA).

Viki G, Chiroro P, Abrams D (2006). Hostile Sexism, Type of Rape, and Self-Reported Rape Proclivity Within a Sample of Zimbabwean Males. *Violence Against Women* 12(8): 789-798.

Wesemann (nd). Rape. International UNESCO Education Server for Civic, Peace and Human Rights Education ([http://www.dadalos.org/int/Menschenrechte/Grundkurs\\_MR3/frauenrechte/warum/vergewaltigung.htm](http://www.dadalos.org/int/Menschenrechte/Grundkurs_MR3/frauenrechte/warum/vergewaltigung.htm), accessed 18 November 2008

West M (2000). Homophobia: Covert and overt. In Mezey G, King M (Eds.), *Male victims of sexual assault* (2<sup>nd</sup> ed.). Oxford, Oxford University Press. Cited in: Doherty K, Anderson I (2004). Making Sense of Male Rape: Constructions of Gender, Sexuality and Experience of Rape Victims. *Journal of Community & Applied Social Psychology*, 14: 84-103.

White A, Cash K (2003). A report on the state of men's health across 17 European countries. Brussels: European Men's Health Forum.

WHO (2002). *World Report on Violence and Health*, Geneva: World Health Organization

WHO (2005). *WHO Multi-Country Study on Women's Health and Domestic Violence Against Women* Geneva: World Health Organization

Wilkinson D, Bearup LS, Soprach T (2005). Youth gang rape in Phnom Penh. In: Jejeebhoy S, Shah I, Thapa S, eds. *Sex without Consent: Young people in Developing Countries*. London and New York, Zed Books, 158-168.

Williams J (1984). Secondary victimization: confronting public attitudes about rape. *Victimology: An International Journal*, 9(1): 66-81. Cited in: Doherty K, Anderson I (2004). Making Sense of Male Rape: Constructions of Gender, Sexuality and Experience of Rape Victims. *Journal of Community & Applied Social Psychology*, 14: 84-103.

Williams S, Lyons L, Ford M (2008). It's about Bang for Your Buck, Bro: Singaporean Men's Online Conversations about Sex in Batam, Indonesia. *Asian Studies Review*, 32: 77-97

Wood K, Jewkes R (1997). Violence, rape and sexual coercion: everyday love in a South African township. *Gender and Development*, 5(2): 41-46. Cited in: Jejeebhoy S, Bott S (2005). Non-consensual sexual experiences of young people in developing countries: an overview. In: Jejeebhoy S, Shah I, Thapa S, eds. *Sex without Consent: Young people in Developing Countries*. London and New York, Zed Books, 3-45.

Wood K, Lamber H, Jewkes R (2001). "Injuries are beyond love": Physical violence in young South African's Sexual Relationships. *Medical Anthropology*, 27(1): 43-69.

Wooden, WS, Parker J (1982). Men behind bars: Sexual exploitation in prison. New York: Plenum Press.

Yllo K (1999). Wife Rape: A Social Problem for the 21st Century. *Violence Against Women*, 5(9): 1059-1063.

Yokoto F (2006). Sex behavior of male Japanese tourists in Bangkok, Thailand. *Culture, Health and Sexuality*, 8(2): 115-131.



[www.promundo.org.br](http://www.promundo.org.br)



[www.menengage.org](http://www.menengage.org)